

Selección

TERROR

RALPH BARBY

MIS AMIGOS LOS MUERTOS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

315 — ¡Ven conmigo al Infierno!, *Clark Carrados*.
316 — Un abrigo de piel de hiena, *Silver Kane*.
317 — El coleccionista de espantos, *Curtis Garland*.
318 — Macabro deseo, *Curtis Garland*.
319 — La risa del Diablo, *Clark Carrados*.

RALPH BARBY

MIS AMIGOS LOS MUERTOS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 320
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 6.173 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

El coche, un viejo «Peugeot» que debía haber pasado por más de cuatro manos, comenzó a runrunear quejumbroso.

Sean, al volante, veía que el vehículo perdía potencia a marchas forzadas; hundía el pedal del gas hasta el fondo y el motor respondía con unos ruidos nada optimistas.

Oscurecía y el cielo plomizo no vaticinaba una noche tranquila. El asfalto se veía negruzco, pero todavía seco; sin embargo, las márgenes de tierra ya se podían ver húmedas a simple vista por otras lluvias recientes.

Un poderoso automóvil les rebasó a gran velocidad, haciendo sonar ruidosamente el claxon mientras encendía ya sus faros.

—Imbécil —masculló Sean, agarrado al volante.

—No me digas que este trasto se va a parar ahora —se quejó entre dientes la bella y estilizada Lysbeth que se refugiaba dentro de su gabardina impermeable de color negro, ya que la calefacción del coche estaba averiada.

El coche, que ya debía haber cumplido su ciclo de servicio, se detuvo. Sean consiguió colocarlo en el estrecho arcén mientras otros dos automóviles pasaban raudos junto a ellos.

—¿Qué te propones, Sean?

—Mira, Lysbeth, no te cabrees que no es para tanto. Si quisiera aprovecharme de la situación sería un idiota.

—Encima eso... —resopló ella.

—No lo digo por molestarte, pero cuando quiera acostarme contigo te lo diré lisa y llanamente, sin más problemas. La verdad es que me gustas mucho.

—Pero no tanto como para pedirme que me acueste contigo...

—No sabía que estuvieras esperando que te lo pidiese.

—¡Ni lo sueñes, te diría que no, pues no faltaría más!

—Por eso no te lo he preguntado, considero que todavía no estás madura y a mí no me gusta arrancar la fruta del árbol cuando aún está verde, luego sabe ácida.

—¡Pues para ti estaré unos días más colgadita de la rama! Claro que, como estamos en invierno, el sol no ayudará mucho que digamos. No te fastidia.

—Lo siento, pero la «mula» ya no quiere seguir adelante.

—Qué pena, con esos coches tan magníficos que pasan a toda velocidad.

—Sí, muy buenos, pero yo no tengo pasta para comprarlos. Quizá algún día, cuando termine los estudios y me deje colocar alrededor del cuello la argolla de la burguesía, acabe comprando uno de esos coches tardones, una motora y hasta una avioneta, pero de momento...

—¿Y ahora qué, es que vamos a pasar la noche aquí?

—No, a poco de donde estamos debe haber un motel.

—¿Un motel en este lugar tan solitario? —inquirió, recelosa.

—Pues sí y no vayas a creer, es de los buenos. Sí nos quedamos, espero

llevar encima el dinero suficiente para pagar una habitación.

—Dos —corrigió Lysbeth.

—¿Dos? Uy, me temo que no va a poder ser.

—Pues tú te vas a hacer compañía a los gatos. ¿Para qué me traías aquí, con lo bien que estábamos en el club?

—¿Bien en el club? Si la música no había quien la aguantara... A Robin, el pinchadiscos, le ha dado por endosarnos lo peor que hay en la discoteca. Para mí que se ha vuelto idiota de tanto «porro» como se fuma. Imagínate que el otro día se estaba riendo solo en la jaula de cristal y puso el mismo disco cinco veces. Lo peor es que nadie pareció notarlo, es que nos estamos volviendo todos memos. ¿Qué, te decides a que vayamos al motel?

—¿Caminando?

—Puedes ir corriendo.

—Gracias, prefiero ir en autostop.

—Bueno, pues en autostop.

Se apearon del vehículo. Sean miró su viejo coche y preguntó:

—¿Y si levanto la capota para demostrar que tenemos pana?

—Puedes dejarlo todo abierto, no creo que por estos andurriales abunden los chatarreros.

Se alejaron un poco del «Peugeot» y frente a ellos pasaron tres coches que les cegaron con sus luces, mas ninguno paró.

—Cabritos —se quejó Lysbeth moviendo los dedos nerviosamente dentro de los bolsillos de su gabardina.

—No, si ésos no paran. Lo del autostop se hacía antes pero desde que hay tanta lata circulando por la carretera, ahí te pudras. Aunque te vean un camión encima, pasan de largo, salvo que piensen que te pueden hacer una fotografía espectacular para luego enseñarla a la familia.

Esperaron en la carretera, faltaba poco para que lo hicieran en completa oscuridad.

No hubo suerte, no volvieron a pasar más automóviles. Era como si la cinta de asfalto hubiera sido cortada en aquella dirección para que no circulara nadie más.

—Esto sí que es mala suerte —se lamentó Lysbeth.

—Si te hace ir al motel.

—¡Qué remedio! —aceptó, lanzando un bufido. Echó a andar sin esperar a que Sean se pusiera a su altura.

Sean cerró la tapa del motor al mirar al cielo. Por muy averiado que estuviera el coche, si le caía un chaparrón encima al motor, aún estaría peor.

—Creo que me compraré una moto.

—¿Y un casco de bombero también?

—¿No te gusta ir en moto?

—Me apasiona, lo que no me gusta es acabar en el hospital.

—Si yo no corro mucho.

—Con ese cacharro que llevas, por más voluntad que tuvieras no

alcanzarías gran velocidad.

—Estás que pinchas.

—Oye, Sean, si nos quedamos en el motel por lo menos pedirás un bocadillo, ¿no? Si tengo que esperar al desayuno, me volveré necrófaga.

—Comprendo, y si yo estoy cerca seré tu festín.

—Exacto.

—Pues, ya puedes empezar, voy a quitarme la ropa.

—Te advierto que si muerdo no quitaré los dientes hasta que te arranque la carne.

—En ese caso, no acercaré mis mejores atributos a tus hermosos dientes.

Lysbeth caminaba con paso rápido y elástico. No le agradaba la idea de quedarse a oscuras en la carretera, por ello preguntó:

—¿Llevas linterna?

—Cerillas, pero si se pone a llover me temo que no servirán.

—Muy gracioso.

—Chica, con ese estado de ánimo que te gastas no habría forma de ligar bien contigo.

—¡Ni lo intentes!

—¿Y quién te ha dicho que iba a intentarlo? Debieron avisarme de que acababas de salir de un convento de clausura.

La noche no era lo suficientemente agradable como para salirse de la carretera y buscar un lugar con hierba mullida donde poder retozar amorosamente. Frente a ellos muy lejos, brilló la luz de un relámpago. No pudieron escuchar el trueno hasta mucho después y en forma tenue.

—¿Y dices que el motel no está lejos?

—No, no lo está. Enviaré a que recojan el coche o mejor lo dejo.

—Sí, mejor déjalo y avisa a tráfico para que lo quiten de en medio.

Llevaban media hora caminando cuando comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia. Sean señaló:

—Mira, entre aquellos árboles hay luces.

—Es cierto. ¿Será el motel?

—Seguro. Acelera el paso antes de que nos empapemos.

Instintivamente, ambos tendieron sus manos, el uno hacia el otro. Se encontraron y sin decirse nada, las entrelazaron pese a las puyas que se habían lanzado con anterioridad.

De esta manera, aceleraron la marcha mientras la lluvia arreciaba.

Sean vestía una cazadora de piel que le protegía el cuerpo, pero no podía cubrirse la cabeza. Por su parte, Lysbeth se colocó un pañuelo negro que formaba parte de la gabardina impermeable.

Acortaron distancias por un camino que llegó a introducirse en el parking que consistía en unos tejadillos sostenidos por columnas bajo los cuales se guarecían los automóviles. Allí estaban algunos de los lujosos coches que vieran pasar por la carretera.

—¡Vamos, apresúrense, apresúrense! —gritó una voz de mujer que se

había encarado con ellos. Se hallaba junto a un microbús que tenía dos portezuelas abiertas.

Lysbeth miró a Sean, interrogante. Este se encogió de hombros y se limitó a decir:

—Si ella nos llama... A lo mejor nos devuelve a la ciudad y te libras de acostarte conmigo.

Se introdujeron en el vehículo mientras la mujer que acababa de invitarles a subir lo hacía por una de las portezuelas delanteras, sentándose junto al chófer.

El microbús estaba al completo, eran nueve personas.

Lysbeth quedó sentada junto a una mujer de cabello platino y rostro estirado que debería estar más cerca de los cincuenta que de los cuarenta años. La mujer semejó molestarse un poco al notar el contacto húmedo del impermeable de la muchacha.

El microbús abandonó la explanada frente el motel y regresó a la carretera.

La mujer que les invitara a subir y que era más esbelta y joven que la rubia que se hallaba en el último asiento, comenzó a hablar por un micrófono, aunque se hubiera oído lo mismo, ligeramente más bajo, de hablar directamente a los viajeros, sin la ayuda de la electrónica.

—Bienvenidos a todos. Supongo que ya se habrán dado cuenta de que los cristales de las ventanillas están pintados de negro.

Lysbeth tocó el cristal que se hallaba al lado de Sean, pasando su brazo por delante de éste, y admitió:

—Es cierto. Y yo que creía que era la oscuridad de la noche...

—Ptss... —pidieron silencio.

—No es que desconfiemos de ustedes, pero el profesor Tamiroff es muy exigente y lleva a cabo sus experimentos en lugares donde no pueda ser molestado. Tiene muy en cuenta todos los detalles para evitar la presencia de intrusos, no desea ver a los reporteros cerca. Todos ustedes, como especialistas en parapsicología que son, saben que los comentaristas de la prensa gráfica y de los medios audiovisuales no sólo discuten estas experiencias sino que incluso las desmienten y ridiculizan. De todas formas, no duden que todos serán atendidos como merecen. Cuando la sesión termine, serán regresados al motel y habrán tenido el placer nada fácil de conseguir, de vivir personalmente una de las sesiones del profesor Tamiroff. El no es un estudioso de la parapsicología que guste de hacer numeritos de circo para salir en televisión. Ustedes conocen al profesor Tamiroff por sus publicaciones, pero pocos le conocen personalmente porque rehúye las fiestas de sociedad donde reina la hipocresía. ¿Qué puedo decirles yo a ustedes sobre el profesor Tamiroff que no conozcan ya, si se han leído todo lo que de él se ha publicado?

—¿Podremos comprobar la colocación del magnetófono y la jaula de Faraday? —preguntó el hombre que se hallaba sentado delante de Lysbeth.

—Podrán hacer cuantas comprobaciones deseen e incluso probar con sus

propios magnetófonos, aunque es dudoso que traigan algún aparato de mejor calidad que el que utiliza el profesor Tamiroff.

—Claudia —interpeló la rubia sentada al lado de Lysbeth.

—¿Sí?

—¿Habrá jaulas de Faraday para nuestros magnetófonos?

—Sí, tenemos varias de ellas. No se preocupen, todo saldrá al gusto de ustedes. Ahora, tranquilícense. Llueve un poco, pero si de madrugada deja de llover, podremos estar tranquilos, aunque el profesor Tamiroff lo tiene todo bien montado para poder llevar a cabo las psicofonías, tanto si llueve como si no.

Se hizo el silencio y pudieron oír el ruido de la lluvia golpeando el techo del microbús, confundiéndose con el rumor del motor.

Sean y Lysbeth se volvieron a mirar, interrogantes. Había poca o casi nada de luz, sólo podían ver el brillo de sus ojos.

Mientras, afuera, algunos truenos seguían a cegadores relámpagos.

El microbús se metió por una carretera vecinal, no cabía deducir otra cosa ante tanto bache y tanto girar a izquierda y derecha. Al fin, el microbús se enfrentó contra un muro de piedra, enfocándolo con sus faros.

—Llueve poco —dijo Claudia, de la que podía decirse que era la secretaria o ayudante del profesor Tamiroff, del que antes hablara—. Abran las puertas y diríjanse al portalón de la mansión, no hay más de cuatro o cinco pasos.

Se abrieron las puertas y abandonaron el microbús. Los últimos en hacerlo fueron Sean y Lysbeth que se preguntaron:

—¿Qué hacemos?

—No lo sé, Lysbeth, esto parece un grupo de chiflados.

—Me parece que son parapsicólogos.

—Sí, eso he creído entender. Nos habrán confundido con alguna pareja a la que estuvieran esperando. Era oscuro, llovía y salíamos del parking.

—¿Y qué vamos a hacer? Descubrirán que no somos los que ellos piensan.

—Mira, sígueles la corriente como se hace con los chiflados y si nos dan de cenar y luego una buena cama, pues eso, mañana será otro día. ¿Qué nos pueden hacer?

—Dos camas —objetó ella.

—¿Y si creen que somos casados?

—Vamos, vamos, bajen, no tengan miedo a mojarse —les apremió Claudia.

La pareja corrió hacia el portal.

Se encontraron en el hall de una mansión muy antigua, en su construcción había mucha madera además de la piedra. No estaba excesivamente bien conservada, pero por lo menos había luz.

El lugar resultaba frío y poco acogedor. Afuera, los relámpagos estaban algo lejanos y los truenos apenas se podían oír.

—Por favor, cojan las tarjetas y sujétenselas al pecho —pidió Claudia, repartiéndolas.

Al llegar frente a Sean y Lysbeth, miró las dos tarjetas que le quedaban y preguntó:

—Ustedes deben de ser los Bryan australianos, ¿verdad?

—¿Usted qué cree?

Sean sonrió y tomó las tarjetas, colocando él mismo una de ellas sobre el turgente seno de Lysbeth.

—Son los más jóvenes; claro, Australia es un gran país joven.

—Los canguros no opinan lo mismo —rezongó Sean.

Claudia sonrió. Lysbeth, en voz baja, le reprochó:

—No has estado nada gracioso.

—Anda, cállate, que ahora somos los Bryan. Queda bien eso... Ya sabes, si hablas de algo que sea de marsupiales.

—¿Marsu… que?

—Marsupiales, canguros, encanto, y de termitas. He oído que allí hay más termitas que borregos. Verás por donde nos vamos a divertir. Querías algo diferente, ¿eh? Pues, ya ves, psicofonías. ¿Has oído alguna antes?

—No, nunca.

—Yo tampoco, prefiero las cassettes grabadas con rock ácido.

—Pasen, pasen por aquí al gabinete, por favor —pedía Claudia, convertida en conductora.

El gabinete tenía una mesa larga, como para dar conferencias.

Las paredes eran oscuras y había muchos anaqueles repletos de viejos libros, en su mayor parte con cubiertas de piel auténtica. Olía a humedad, pero hacía algo más de calor; los leños ardían bien en la chimenea.

—Comenzaremos el experimento en seguida. Se les servirá la cena mientras tiene lugar la grabación y después iremos a recogerla y acto seguido la escucharemos. Será una noche larga, una noche intensa. Posiblemente habrá experiencias que jamás podrán olvidar, pero también será una noche agotadora. Tomen asiento, por favor, en seguida vuelvo con ustedes.

Claudia les abandonó. En realidad eran siete personas, ya que el chófer se había quedado en alguna parte. Era un sujeto taciturno que no había despegado los labios durante el trayecto y para todos resultaría difícil identificarlo si se les preguntaba al respecto, ya que nadie le había visto bien la cara.

—Yo he escuchado cientos de grabaciones psicofónicas y no creo que el profesor Tamiroff, pese a su fama, logre sorprenderme —dijo muy melifluo uno de los allí reunidos.

—Profesor Hannibal —le observó la rubia platino cuarentona—. He oído comentar que las grabaciones del profesor Tamiroff son muy nítidas, lo que no es usual.

—Sólo faltaría que se tratara de una superchería, profesora Ingrid.

—Jamás podríamos pensar una cosa así del profesor Tamiroff —cloqueó un hombre pequeño y muy delgado que lucía una barbita blanca y grandes gafas de concha negra.

—El profesor Charles Vernuil es incapaz de sospechar de nadie que ya posea una gran fama —comentó irónico y algo cáustico el profesor Hannibal que parecía desear convertirse en jefecillo del grupo.

Sean se inclinó sobre el oído de Lysbeth y le cuchicheó:

—Parece que aquí todos son profesores. Ya sabes, nosotros también lo somos.

—¿Y ustedes qué opinan? —interpeló de pronto la profesora Ingrid, encarándose con los jóvenes.

—¿Nosotros? —preguntó Lysbeth, casi dando un respingo.

—Sí, ustedes los australianos pueden verlo todo con ojos más limpios, menos retorcidos. Parece que Australia es en sí misma un mundo aparte donde todo está menos contaminado.

—Pues verá, yo... —comenzó a decir Lysbeth, tragando saliva.

Sean salió en su ayuda.

—Creo que es muy importante que el magnetófono no tenga la más mínima imperfección técnica.

—Eso es importantísimo —puntualizó el profesor Hannibal como si Sean hubiera dicho algo trascendental, sorprendiendo al propio joven.

—Una avería puede llevar al desastre el experimento —añadió Sean.

El profesor Hannibal volvió a dar su opinión.

—Un magnetófono imperfecto, especialmente en su micrófono, puede incluso captar ondas de radio, todos lo sabemos, no es ningún misterio. Muchas supuestas psicofonías no son más que interferencias de programas de radio. Es para reírse y más si en esos momentos están dado una radionovela de terror.

Todos rieron. Sean y Lysbeth se miraron y también rieron, parecían llevar la situación adelante.

El profesor Shotton, que al igual que el profesor Hobber había permanecido callado todo el tiempo, dijo:

—No creo que el profesor Tamiroff cometa la ingenuidad de llevar a cabo un experimento cerca de una antena de radio o televisión. Es un hombre importante dentro del mundo de la parapsicología y un escándalo le perjudicaría grandemente. Todos nosotros escribimos en publicaciones importantes.

Hobber, un hombre de apariencia tranquila, que llevaba la cachimba en su mano pero apagada, comentó:

—Yo creo que el profesor Tamiroff es sincero, lo que ocurre es que según sea el lugar escogido, se obtienen mejores o peores grabaciones psicofónicas. Hay ocasiones en que, por pura suerte, se acierta con un lugar idóneo. Es inexplicable, aún para nosotros los parapsicólogos, el por qué un lugar es mejor que otro. En una ocasión, en compañía de otro parapsicólogo americano como yo, obtuve unas grabaciones a bordo de un yate, por la noche, con calma chica y los motores apagados, que fue algo espectacular, quedamos sobrecogidos. Mi compañero se asustó y al amanecer emprendimos

el regreso a puerto.

—¿Tan asustadizo era su compañero? —le preguntaron.

El profesor Hobber chupó su cachimba apagada, como si de ella fuera a obtener el placentero humo de tabaco. Sin cambiar el tono de su voz para protestar ni para reír, explicó:

—Murió, dijeron que fue accidente, pero yo me inclino a creer que se suicidó. Queridos colegas, esto de las psicofonías es muy peligroso aun para nosotros los iniciados en estos misterios. Sé de varios casos de locura. Todo comienza con pesadillas, malestar, temor de persecución, fobias a la oscuridad, no pueden conciliar el sueño con la luz apagada... Sí, hay clínicas psiquiátricas para muchos que pensaron que a ellos no les iba a suceder nada porque eran capaces de reírse de todo. Se equivocaron, por supuesto, se sobreestimaron. Ha habido casos que el fin ha sido el suicidio. Por eso yo no recomiendo jamás a gente no preparada, lo que sí suele hacerse en programas audiovisuales de masas, que la gente tome su magnetófono y se vaya a un bosque solitario, comenzando a grabar. No, no lo recomiendo porque después me sentiría culpable de haber hecho daño a gente inocente e ingenua.

—Eso mismo opino yo —dijo una nueva voz, muy grave y profunda, una voz que semejó brotar de entre las grietas del caserón.

—Profesor Tamiroff...

CAPITULO II

El profesor Tamiroff era un personaje alto y aún lo parecía más por su extremada delgadez.

Vestía un smoking de brillo apagado que semejaba haber estado guardado en algún baúl en un sótano húmedo y lóbrego. Poseía un cabello blanco, reseco y sin vida y un rostro surcado por innumerables arrugas, tantas que una gran cicatriz no se habría descubierto entre ellas. Sus ojos semejaban carecer de pupilas por lo gris blancas que éstas eran.

—Caballeros —dijo, hablando pausadamente—, no perderemos el tiempo en explicaciones. Si llevan con ustedes algunas grabadoras, realizaremos ahora mismo el experimento psicofónico.

—¿Aquí mismo? —preguntó con su voz aguda el profesor Charles Verneuil que se enderezaba en la silla, consciente de su insignificancia física.

—No, por supuesto que no, dejaremos las grabadoras en el lugar escogido, allá donde mis amigos los muertos se comunican conmigo.

—¿Sus amigos los muertos? —inquirió Sean, sorprendiendo a la propia Lysbeth al oír la voz del joven.

Claudia, al lado del profesor, cuchicheó:

—Profesor Bryan, de Australia.

—Bien. Sí, mi joven profesor, mis amigos los muertos, porque ellos se comunican conmigo utilizando este nuevo medio de la psicofonía. Lo cierto es que su poder en decibelios es muy bajo, tan bajo que se comunicarían mejor con nosotros si nuestros oídos pudieran captarlos, pero no, no podemos oírlos. Quizá algún privilegiado lo consiga y los perros, por supuesto los perros. Se habrán fijado que en esta mansión no hay perros.

—¿Por qué, profesor Tamiroff? —inquirió Shotton.

—Porque enloquecerían. Ellos sí pueden oír lo que nosotros no alcanzamos. El perro posee el sentimiento del terror...

Claudia, que parecía conocer a la perfección al profesor Tamiroff, pidió en aquel momento:

—Sírvanse acompañarnos. Los que deseen grabar podrán hacerlo.

Todos llevaban grabadoras, de distintos modelos y muy sofisticadas, a excepción de Sean y Lysbeth que iban con las manos limpias. Claudia se percató de ello y con una sonrisa amable les preguntó:

—¿No piensan hacer una psicofonía?

Sean carraspeó.

—La verdad, hemos venido a presenciar el experimento del profesor Tamiroff y no a hacer psicofonías propias. Habría sido algo de mal gusto.

—Quizá —admitió Claudia que por primera vez, como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de la estampa varonil de Sean, lo midió con unas pupilas cálidas, cargadas de intención sensual. A Lysbeth no le pasó desapercibida aquella intensa mirada.

Cruzaron el caserón, introduciéndose por un corredor amplio pero desasosegante. Antaño, las paredes habían sido tapizadas en tela, quizá fuera seda, pero ahora todo se veía abandonado. Se notaban las marcas donde habían colgado cuadros.

Se abrió una puerta que daba al exterior y les llegó una oleada de frío y humedad.

—El suelo está mojado —advirtió Claudia—. Caminen con cuidado, hay losas donde apoyarse.

Cerca de ellos apareció el chófer con dos lámparas de butano, una de las cuales entregó a Claudia, llevando él la otra. La comitiva siguió adelante.

El profesor Tamiroff iba en cabeza y no miraba hacia atrás, seguro de ser seguido.

Atravesaron entre unos árboles frondosos y se encontraron frente a una puerta que cerraba un muro. De haber más luz, al otro lado hubieran visto elevados cipreses.

El profesor Tamiroff se detuvo y se volvió para decir con su voz grave y pausada:

—Señoras, caballeros, éste es un cementerio abandonado. En realidad, perteneció a los antiguos moradores de esta mansión que quedó deshabitada hace casi un siglo. Nadie viene aquí porque los seres sepultados en este lugar ya no tienen descendientes.

—¿Lo ha comprobado usted, profesor Tamiroff? —preguntó el profesor Hannibal deseoso de destacar entre sus compañeros.

—Sí. He mirado los registros civiles, comprobando los nacimientos y las defunciones. A nadie le interesan ya los restos que aquí reposan.

Iluminados por las dos lámparas de butano, llegaron a una especie de glorieta mausoleo. Era una cúpula que consistía en la mitad de una esfera sostenida por columnas de piedra. Se notaba que entre las columnas había habido paredes con anterioridad, pero ahora aparecían derruidas.

El suelo de piedra estaba seco, la lluvia no entraba allí.

Sobre unas piedras había distintas jaulas metálicas que Sean y Lysbeth no tardaron en averiguar se trataba de jaulas de Faraday, jaulas que encerraban a los magnetófonos para que hasta éstos no llegaran ondas de radio ni parásitos electrónicos. Si algo tenía que traspasar aquellas jaulas y quedar grabado en las cintas, debían ser ruidos o voces.

—Aquí dentro nada se mojará aunque llueva, pueden dejar sus aparatos con tranquilidad —les dijo Claudia que, de cuando en cuando, lanzaba miradas, sensuales a Sean, lo que disgustaba a Lysbeth— Los que deseen encerrar sus grabadoras dentro de las jaulas de Faraday, pueden hacerlo, así se asegurarán de que 110 entran parásitos que puedan falsear las grabaciones.

—Señoras, caballeros —comenzó con su voz grave el profesor Tamiroff—, ésta es mi grabadora.

Señaló la piedra cúbica más grande. El magnetófono no era de cassette sino de cinta ancha, con carretes independientes, una grabadora de altísima

fidelidad profesional que nada tenía que ver con las producidas en serie y que no valdría menos de cuatro mil libras esterlinas.

Todos quedaron sorprendidos al verla y el profesor Hannibal preguntó:

—¿No teme que le desaparezca de aquí un aparato de tanta calidad?

—No, nadie se acerca por aquí. Estamos apartados del resto del mundo. Además, con una lluvia como ésta, hasta los vagabundos de los montes desaparecen, escondiéndose en madrigueras o graneros y aun aceptando la posibilidad de que por las cercanías hubiera alguno, lo último que haría es meterse en un cementerio de apariencia abandonada y en noche de tormenta. Existen muchos amigos de los muertos, pero más enemigos, es decir, que padecen necrofobia, y si no, hagan una encuesta por las calles de las aldeas, de los pueblos o las ciudades. Ahora les pasaré la cinta a! máximo de potencia y a alta velocidad para que puedan comprobar que no hay nada grabado. Si hubiera algo, saldrían ruidos, no demasiado inteligibles, pero ruidos. La pasaremos a velocidad treinta y dos.

—Nos fiamos de usted —le dijo la rubia sueca profesora Ingrid.

—De todos modos, prefiero que lo comprueben.

—Bueno, yo pondré en marcha mi modesta grabadora a cassette —cloqueó el francés Charles Verneuil.

Pasaron la cinta. El carrete giraba aprisa, no tanto como para los rebobinados pero sí lo suficiente para que la espera no resultara pesada. Al fin, después de un completo silencio, el carrete se consumió.

—Habrán comprobado que no existe ni el más leve ruido.

Claudia se encargó de rebobinar la cinta al tiempo que decía:

—Por aquí no pasa ninguna línea de corriente eléctrica de bajo ni de alto voltaje. Este magnetófono, lo mismo que los que traen ustedes, posee energía propia, es decir, pilas o baterías un poco mayores, como las que alimentan a este magnetófono que acepta la entrada de doce voltios.

—¿Y la electricidad que tiene el caserón?

—Posee un generador de petróleo que se halla en lo más hondo del sótano. Las paredes, además de ser de piedra, han sido acolchadas con fibra de vidrio y corcho para que no se transmita el ruido.

—Han hecho un trabajo a conciencia —observó el profesor Shotton.

«Clac», hizo el magnetófono al ser cortado el rebobinado. Ya estaba listo y el profesor Tamiroff indicó:

—Ahora, pongan sus grabadoras en marcha y nos iremos a cenar, será nuestro tiempo de espera.

—¿Por qué no nos quedamos aquí escuchando en silencio, sin hacer el más mínimo ruido? —propuso el profesor Hannibal.

—No. Si nos quedáramos aquí, mis amigos los muertos no vendrían para hablarnos a través de estas máquinas modernas de la electrónica. Y si está pensando que puede venir a grabar alguien mientras cenamos y todo esto no es más que un truco, una superchería, puede usted marcharse.

—Oh, no, no quería decir tal cosa —se disculpó Hannibal al comprobar lo

expeditivo que se mostraba el profesor Tamiroff—. Sólo decía que si estábamos aquí podríamos certificar mucho mejor el experimento de grabar las voces del más allá, las voces de los muertos. De eso se trata la psicofonía, ¿no? Grabar voces no físicas, voces que ningún mortal deja salir de su boca.

—Ese es uno de los grandes peligros, créanme. Cuando se está cerca de una grabadora, inconscientemente, podemos grabar nuestra voz. Todos ustedes, como parapsicólogos que son, saben bien que un hombre, aun con la boca cerrada y dos testigos delante, jurando que está callado, puede estar hablando y ser grabada su voz mediante magnetófonos muy especiales y sensibles.

—Es verdad —admitió Shotton—, En mi laboratorio hicimos ese experimento y se grabó la voz de un hombre que, aparentemente, estaba callado y dos testigos aseguraron que no había hablado.

—En realidad —explicó el profesor Tamiroff, ahora más paternal— cuando pensamos, aunque no hablemos en voz alta, nuestras cuerdas vocales se mueven, en un grado mínimo, pero se mueven. En equivalencia, es como dar volumen a un receptor de radio o una grabadora. Nosotros, automáticamente, con nuestra voz hacemos lo mismo si deseamos que se nos escuche. Se suele decir de personas que van hablando solas por la calle que están locas y nada más lejos de la realidad; ellas están pensando, como lo hace cualquiera de los que pasan por su lado y que al no hablar parecen cuerdos. El problema de esa persona que decimos que habla sola es que se olvida de rebajar el volumen de su voz para que sus pensamientos no puedan ser oídos por su prójimo.

—Ahora, un momento antes de conectar las grabadoras —dijo Claudia— el profesor Tamiroff invocará a los espíritus que habitan estos desérticos lugares para que tengan la condescendencia de venir a hablarnos.

Hubo un amago de cuchicheo. El profesor Hannibal llegó a musitar:

—Esto no es serio, no es científico...

Dejó de insistir al comprobar que los demás se callaban.

El profesor Tamiroff, frente a las grabadoras ya preparadas, cerró los párpados.

Levantó sus brazos en señal de súplica y adoración y comenzó a hablar con voz más grave aún:

—Soy Tamiroff, vuestro amigo y quienes están conmigo son amigos míos que a su vez desean ser vuestros amigos. Venimos hasta vuestra morada con el abrazo de la paz. No deseamos perturbar vuestro sueño sino pediros la gracia de vuestra sabiduría que viene del más allá. Decidnos cuanto deseéis comunicarnos y vuestro mensaje será atendido con el máximo de los respetos. Ahora, nos vamos para no alterar vuestra tranquilidad y soledad ya que estamos en mundos diferentes. Luego volveremos para recoger vuestras voces.

Tras aquellas palabras de humilde invocación, el profesor Tamiroff puso en marcha su grabadora y los demás hicieron lo propio sin pronunciar palabra.

El profesor Tamiroff inició el regreso a la mansión. Claudia, a su lado, iluminaba el camino. Cerraba la marcha al poco tranquilizador chófer que parecía servir para todo.

Sean y Lysbeth caminaban delante del chófer. En voz baja, la muchacha cuchicheó al oído de su amigo:

—Esto me parece una sesión de espiritismo.

—No creas —le respondió Sean acercando su boca a la rosada orejita de la mujer—. Los parapsicólogos se declaran enemigos de los cultos espiritistas.

—Pues a mí me lo parece. Sólo falta la mesa dando botes y que todos nos cojamos de las manos.

—Si insistes, te cojo de otra parte. —Y la rodeó con su mano por la cintura.

—Gamberro.

La lluvia no se había reanudado; sin embargo, todos se alegraron de entrar nuevamente en el viejo caserón que brindaba algo más de protección contra el frío y la humedad exterior.

Claudia les condujo a un comedor que tenía el hogar encendido y debía estarlo desde hacía horas a juzgar por el agradable calor que reinaba en la estancia. Aquello pareció reconfortar a todos.

Había luz eléctrica y una larga mesa dispuesta con platos, cubiertos, vasos y copas. Sobre cada plato, una tarjeta. Todos se apresuraron a buscar sus respectivos nombres.

El profesor Tamiroff presidía la mesa y a su lado fue colocada Lysbeth con gran sorpresa por parte de la joven, claro que al otro lado del profesor Tamiroff se hallaba la sueca Ingrid.

Junto a Lysbeth fue colocado Sean y a la izquierda de éste, la bella y enigmática Claudia. Al lado de la secretaria, el pequeño Charles Verneuil que resultaba bastante más bajito que la atrayente morena ayudante del profesor Tamiroff.

El profesor Hannibal se hallaba en la cabecera opuesta de la mesa y los profesores Hobber y Shotton quedaban junto a la sueca Ingrid.

El chófer apareció empujando una larga camarera en la que había una sopera y diversas bandejas con alimentos. El criado carecía de la exquisitez de un camarero de gran hotel, pero ponía un evidente interés en su cometido. Lo que era muy difícil es arrancarle alguna palabra, solía preguntar con la mirada o un simple gesto.

—Cenaremos ahora mientras las grabadoras están funcionando, tenemos una hora de tiempo.

—Mi cinta es de cuarenta y cinco minutos —puntualizó Charles Verneuil.

—Si su grabadora se para automáticamente no hay por qué preocuparse, siempre podrá haber impresionado algo, aunque no vayan a creer que las grabaciones psicofónicas salen en seguida, en ocasiones aparecen al final de la cinta.

—Lo sabemos perfectamente, profesor Tamiroff —asintió el profesor

Hannibal—. Todos nosotros hemos realizado infinidad de grabaciones psicofónicas.

—Sí, sé que son especialistas, pero no creo que ninguno de ustedes haya conseguido mejores grabaciones que las que se van a obtener esta noche.

De pronto se quedó como si le faltara aire. Dejó caer la cuchara en su plato y alzó los brazos. Sus ojos, de un gris clarísimo, semejaron ponerse en blanco.

—¡Profesor Tamiroff, profesor Tamiroff! —Insistió la profesora Ingrid—. ¿Le sucede algo?

—No se preocupe —la tranquilizó Claudia—, Acaba de captar algo, de presentir algo.

—Mis amigos los muertos han acudido, sí, han acudido, han respondido a mi llamada, me lo están diciendo...

—Sería bueno ir a verlos ahora —propuso Hannibal levantándose de su silla.

—¡No, no puede ser, sería traicionarles!

Shotton se levantó. Rodeó la mesa y se acercó al chófer, preguntándole en voz baja algo que todos dedujeron. El chófer, sin hablar, señaló una puerta y luego hizo un par de gestos. Shotton se alejó, desapareciendo.

El profesor Tamiroff semejó tranquilizarse, pero no comió. Todos parecían tener poco apetito a excepción de Sean.

—Tiene usted buen apetito —comentó Claudia junto a él.

El muchacho, tras tragar lo que tenía en la boca, respondió:

—Cuando se viaja hay pocas ocasiones de comer bien como ahora.

—Claro, viniendo de tan lejos, pero yo diría que tiene un acento que no parece australiano.

—No vaya a medir a todos los australianos por el rasero. Australia es muy grande y no hablan lo mismo los borregueros que los que viven en Sidney.

—Sí, es natural; sin embargo, yo diría que tiene usted acento de la City.

—Cuando dice City se refiere a London, ¿verdad?

—Naturalmente, no hay otra.

—Eso dígaselo a los parisinos.

—Tiene usted muy buen humor, es agradable que haya juventud por aquí.

—Sí, claro, somos tan pocos los jóvenes —comentó Lysbeth con mordacidad bien dirigida que no escapó a Claudia, la cual replicó:

—Es verdad, la juventud es magnífica pero la experiencia es como la sal en la comida; sin ella no es un placer comer.

—Je, ha dicho una verdad como una catedral —aplaudió Sean.

—Sí, pero también hay coches con mucha experiencia que hacen chuf-chuf y se quedan sin aceite y a un lado de la carretera viendo como los demás pasan junto a él, veloces y poderosos.

—Creo, joven señora, que su esposo no está en la edad de hacer chuf-chuf como usted dice sino otra cosa mucho mejor.

—¿Ves, Lysbeth, como hay quien sabe valorarme?

—¿Lysbeth? Creí que se llamaba Catherine.

Sean carraspeó frente a la cuchara que seguía llena ante su boca. Ante la tensión de su compañera que le clavaba una rodilla en el muslo advirtiéndole que no estaba la situación como para que les echaran a puntapiés, aclaró:

—Lysbeth es su segundo nombre y a mí, particularmente, me gusta más. En ocasiones sólo la llamo Lys, ¿verdad, cariño?

—Qué romántico, parecen una parejita muy feliz. Se nota que no son europeos, les falta modernismo, no sé, más libertad en todos los sentidos. Sólo falta que se unan con un par de esposas para no poderse separar.

—Eso son cosas de él —rezongó Lysbeth algo molesta.

—¿De él, es que tampoco le llama por su nombre?

—Ejem, ejem, pues claro, me llamo Sean.

—¿Es su segundo nombre?

—La verdad, a solas le llamo otras cosas que no se pueden repetir en público, por muy europeo que se sea, claro que como somos australianos...

—A nosotros nos gustaría saber cómo le llama en la intimidad —dijo la sueca, añadiendo—: Soy sociólogo y me interesan mucho estas cosas.

—Cuando nos veamos a solas usted y yo, se lo digo —contestó el propio Sean.

—¿Y no se enfadará su esposa?

—¿Yo, por qué habría de enfadarme, si me lo devuelve por la mañana? Soy más europea que ustedes, aunque me digan que soy de Australia.

—Veo que la conversación está animada —intervino el profesor Tamiroff —. La verdad es que es mucho mejor emplear la jovialidad para momentos como éste que son trascendentes, pese a que las psicofonías parecen un juego de niños, pues hasta una grabadora, buscar un lugar solitario, sin ruidos, y conectarla hasta que se consuma la cinta, rebobinar y escuchar para oír lo que se ha grabado en el silencio, son más peligrosas de lo que muchos se imaginan.

—Es lo que comentábamos anteriormente —asintió el profesor francés.

—Hay grabaciones capaces de producir terror por las voces que se escuchan o por lo que dicen. Imagínense aquí donde las grabaciones son nítidas porque mis amigos los muertos se acercan al magnetófono.

—¿Quiere decir que salen de sus tumbas? —preguntó el profesor Hannibal, escéptico.

—Yo no lo dudaría —replicó despacio pero categórico el profesor Tamiroff que no se dejaba comer el terreno por sus invitados.

—Eso no es parapsicología, eso es espiritismo.

—Yo no les he pedido que crean en la aparición de los muertos —puntualizó el profesor Tamiroff—. Sólo les digo que obtengo voces limpias con mi grabadora. He estudiado a muchos paranormales capaces de realizar cosas asombrosas, escritura automática, telepatía, telekinesis, levitación, cosas asombrosas que, igual o parecidas, con truco, las hacen los magos de circo. La verdad, comenzaron a dejar de interesarme cuando me dediqué a las psicofonías, a grabar las voces del más allá y para conseguirlo ya no tenía que

recorrer el mundo buscando a un idiota con facultades paranormales que lo mismo podía estar en el Congo que en la India, en Sudamérica o en nuestras civilizadas ciudades europeas.

Claudia comenzó a mirar hacia la puerta por la que un rato antes saliera Shotton. Con un gesto de su mano, reclamó al chófer que actuaba ahora como camarero. Este se le acercó y Claudia le dijo algo al oído.

El chófer, tras asentir con la cabeza, se alejó por la misma puerta por la que desapareciera Shotton. No tardó en regresar, moviendo la cabeza negativamente.

Claudia se levantó y se acercó al profesor Tamiroff hablándole al oído. De súbito, éste dio un puñetazo sobre la mesa, un puñetazo violento que hizo vibrar los platos.

—¡Estúpido!

—¿Ocurre algo, profesor? —preguntó Sean, viéndole rojo de cólera.

—El profesor Shotton...

Despacio, el profesor Tamiroff se puso en pie y explicó:

—El profesor Shotton ha pretendido ser más listo que nadie; ha simulado dirigirse al aseo, pero todos imaginamos adonde ha ido.

Los asistentes se miraron entre sí. Claudia, algo nerviosa, propuso:

—El tiempo casi ha transcurrido, podemos ir a buscar las grabaciones, aunque ahora, después de intervenir el profesor Shotton, no se puede asegurar que las grabaciones sean eficaces.

Abandonaron el comedor un tanto preocupados, nadie se atrevía a hacer comentarios. Era obvio que el profesor Tamiroff se había molestado grandemente.

Se encendieron las lámparas de butano y volvieron a salir del caserón.

Comenzaba a lloviznar y el frío era intenso. Se alejaron de la casa para introducirse en el recinto del pequeño cementerio por aquella especie de glorieta que podía haber sido construida como capilla pero que ahora carecía de todo signo de expresión.

Al llegar al lugar donde estaban las grabadoras, las luces iluminaron la tragedia. Del centro de la bóveda colgaba una cadena y de ésta, un gancho que debía haber sido utilizado para colgar lámparas. Del gancho pendía ahora el profesor Shotton.

—¡Aaaggg! —exclamó la profesora sueca.

—Dios, Dios —casi chilló Lysbeth buscando el pecho de Sean para ocultar su rostro y no ver más tan horrible espectáculo.

Shotton aún se movía. Sus ojos, cargados de terror, estaban abiertos pero ya vidriosos. Sus manos colgaban a lo largo del cuerpo. A uno de sus pies le faltaba un zapato y por sus pantalones se escurría la sangre que golpeaba y se filtraba por la jaula de Faraday que protegía el valioso magnetófono del profesor Tamiroff.

—¡Estúpido, estúpido, se lo ha buscado por no creer, por no creer!

El profesor Hannibal gruñó:

—Esto es un crimen.

—Sí, un crimen, pero Cuénteselo a la policía —respondió cáustico el profesor Tamiroff.

Claudia, muy fría, pidió:

—Calma, calma.

El profesor Tamiroff quitó la jaula de Faraday, la arrojó al suelo y tomó el magnetófono manchado en sangre. Todavía giraba el carrete y lo detuvo. Burton, el chófer, le ayudó iluminándolo.

El profesor sacó un pañuelo y con mucho cuidado comenzó a secar el aparato al tiempo que movía la cabeza, lamentándose por la situación.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Sean. Nadie le respondió.

Cada cual cogió su grabadora. Quedó una al descubierto, una grabadora a cassette de buena marca. Sean, fijándose en el cadáver, pensó que ya no le hacía falta. Alargó su brazo y la cogió.

Lysbeth, dándose cuenta de lo que hacía, le interrogó con la mirada. Sean no respondió y salió de aquella lúgubre y macabra glorieta que va se quedaba sin luz. Afuera comenzaba a lloviznar de nuevo.

El profesor Hobber, de ordinario muy tranquilo, iba muy preocupado, no deseaba quedarse sin luz y vigilaba no introducir sus pies en ningún barrizal.

Ya dentro de la casa, a salvo de la lluvia y del frío exterior, se reunieron en el hostil vestíbulo, mirándose unos a otros. Allí había luz eléctrica y se pudieron ver bien las caras. Estaban pálidos.

—El profesor Tamiroff no está —observó Lysbeth en voz muy baja, casi cuchicheando al oído de Sean que respondió:

—Sí, ya he visto que se ha esfumado.

Claudia se volvió hacia los presentes. Estaba muy entera, muy dueña de sí. Grave y autoritaria, les dijo:

—Creo que es mejor no hablar de lo ocurrido, no nos conviene a ninguno de los que aquí estamos.

—Si ha habido un asesinato, hay que avisar a la policía para que lo esclarezca —puntualizó el profesor Hannibal.

—¿Un asesinato? —Preguntó Claudia, enfrentándosele sin miedo—. ¿Podría alguien decir que los asesinos son los muertos? Y si así fuera, díganme: ¿Quién lo iba a creer? ¿Se les podría sentenciar? No, no, queridos profesores, estamos en un mundo diferente al que viven el resto de los mortales. Nosotros sabemos que todo no es como la ciencia dice. Hay fenómenos inexplicables que ningún tribunal podría tener en cuenta y nos acusarían a nosotros, comenzarían a molestarnos haciendo preguntas y más preguntas. Puede que al final acusaran a alguno de nosotros y se cometiera un error judicial porque, díganme, ¿ha podido ser alguien de nosotros?

—No, no, estábamos todos juntos cenando —aceptó la profesora sueca.

—Es cierto —corroboró el francés Charles Verneuil—. Y hemos salido todos juntos a ver qué era lo que le había ocurrido. Ninguno de nosotros ha estado solo ni un segundo siquiera.

—No obstante, no podemos olvidar que ha habido un muerto —insistió el profesor Hannibal. Enfrentándose con Sean, le preguntó—: ¿Usted qué opina?

—Que si ha habido un muerto, hay que llamar a la policía. ¿Dónde está el teléfono?

—Aquí no hay teléfono —respondió Claudia.

—Bueno, pues como está lloviendo y la noche es de perros, iremos mañana en la furgoneta hasta el motel y desde allí llamaremos.

La propuesta de Sean pareció complacer a todos. Claudia observó:

—Medítenlo bien esta noche y se darán cuenta de que es más sensato callarse. Si salimos en los informativos, nos sacarán la piel a tiras. Incluso, llegarán a aventurar si hemos celebrado alguna ceremonia satánica y para invocar a! diablo hemos sacrificado al profesor Shotton.

—Y el chófer, ¿podemos estar seguros del chófer? —preguntó el profesor Hobber.

Como si hubiera intuido que iban a nombrarle, Burton apareció por una puerta y les miró con clara hostilidad.

—Es incapaz de una cosa semejante.

Todos le miraron y pensaron que el chófer no tenía un aspecto muy tranquilizador o quizá era el ambiente de aquel caserón que cerca, muy cerca, tenía un cementerio ya abandonado.

—Les acompañaré a las habitaciones que les he destinado.

Claudia les hizo subir por una amplia escalinata, cubierta por una alfombra tan gastada que en muchos lugares asomaba la madera de los peldaños. Bajarla corriendo, sin vigilar dónde se ponían los pies, podía resultar peligroso.

—En esta habitación puede dormir el matrimonio Bryan —indicó Claudia, abriendo la primera puerta que iniciaba el corredor.

Lysbeth miró hacia el interior de la alcoba y preguntó:

—¿Está acondicionada?

—Este caserón es muy antiguo, sólo hay que verlo, y hace siglos no pensaban de la higiene lo mismo que opinamos ahora. El aseo está al final del corredor. —Claudia echó a andar—. Síganme los demás —invitó.

—¿Has oído? Este es nuestro dormitorio —le cuchicheó Sean cogiéndola por un brazo y casi obligándola a entrar en el cuarto.

—Esto es una trampa.

—En la que hemos caído todos —replicó él, cerrando la puerta—. Un crimen es una cosa muy seria y no quiero verme involucrado en él. Mañana me largo y que no sepan de mí.

—Tú has sido quien ha pedido llamar a la policía.

—Suponía que no habría teléfono.

—Eres un cínico.

—Mira, cariño, esos tipos están chalados con eso de la parapsicología, las psicofonías y los muertos que hablan. Como venga la policía y no vea la forma de cargarle el muerto a alguien, los va a enviar a todos al loquero y si

nosotros seguimos aquí, también iremos a la jaula acolchada y a nosotros nos costará más explicar qué es lo que estamos haciendo aquí, ya que hemos usurpado una personalidad que no nos pertenece.

—Ha sido fruto de la casualidad, una equivocación.

—Pero, hemos seguido el juego y todo por tener una cama como ésta.

Señaló la amplísima cama con dosel que prometía ser muy blanda.

—¿Es que estás pensando que voy a dormir contigo?

—Si quieres dormir en el suelo es cosa tuya —respondió él sentándose en la cama y probando su flexibilidad.

—Eres un caradura, tú podrías dormir en el sofá.

—¿Qué sofá? Yo no veo ninguno. Me temo que tú has visto demasiadas películas donde los hombres son un poco tontos. En vez de acostarse con las chicas, se van al sofá.

—Todo esto no me gusta, Sean. Lo mejor será esclarecer la verdad.

—Mira, en vez de esclarecer, lo que vas a hacer es embrollar. ¿Es que no te has dado cuenta de cómo están las cosas? Si se enteran de que no somos profesores australianos ni parapsicólogos ni nada de nada, se nos van a echar encima como si fuéramos perros intrusos y nos van a cargar el muerto a nosotros.

—Imposible, nosotros tenemos la misma coartada que ellos.

—¿Y si dicen que tenemos un cómplice?

—¿Qué cómplice?

Sean se encogió de hombros.

—No lo sé, pero ellos se lo pueden inventar y si se lo dicen a la policía, el error judicial se va a cometer en nosotros, de modo que es mejor estar calladitos. Mañana, cuando se presente la ocasión, nos esfumamos y les dejamos con sus chaladuras, sus muertos y sus grabadoras. Por cierto, ésta era la del profesor Shotton.

—¿Por qué la has cogido?

—No sé, se iba a quedar allí sola y como nosotros éramos los únicos que no traíamos grabadora, para no desentonar...

Manipuló en ella y rebobinó la cinta. Después, puso la cassette en marcha para la reproducción, no se oía nada. Sean aumentó el volumen y sólo consiguió oír el sssssss del pase de la cinta sin grabación.

—No hay nada grabado —dijo Lysbeth.

—¿Qué esperabas, que saliera el diablo diciendo «aquí estoy»?

—Como han hablado tanto de la grabación de voces del más allá, voces de muertos.

—Ya, tú esperabas que los muertos del cementerio se pusieran a dialogar.

—Bueno, no tanto. Mira, se oye la lluvia, porque ese ruido es lluvia, ¿verdad?

—Eso parece.

—¿Qué hacemos?

—Ya que estamos aquí, descansar. —Tranquilamente, Sean comenzó a

quitarse las botas.

—¿Te vas a desnudar?

—No voy a dormir vestido, es muy incómodo, ¿no crees?

—Pero, es que...

De pronto e inesperadamente, estalló un trueno dentro de la alcoba, dejándoles totalmente desconcertados.

CAPÍTULO III

Los dos miraron hacia el magnetófono que, pese a ser portátil y manejable, era de gran calidad y poseía potencia de sonido Sean y Lysbeth se echaron a reír al unísono y se rompió la hostilidad que se estaba creando entre ambos.

—Ha captado bien el trueno —observó Sean.

—Sí. Anda, baja el volumen por si sale otro de improviso; van a creer que tenemos un cañón dentro de la habitación.

—No es malo que lo crean.

Lysbeth se lo quedó mirando fijamente; enrojeció y le espetó:

—Gamberro, estás poseído de ti mismo.

—Vamos, no vuelvas a enfadarte. Y luego decías que eras una chica libre y todas esas tonterías. Confiesa la verdad, has salido de un convento, ¿eh?

—No tengo por qué responder a tus preguntas.

—Te las quieres dar de avanzada y aún vives en el oscurantismo medieval. —Iba a bajar el volumen de la grabadora cuando—: Eh, aquí parece que hay algo.

Lysbeth le miró, incrédula.

—Escucha... —Sean aumentó el volumen.

—«Prooo...fe...soooor... Taa...mi...roooff... »

La voz era terriblemente grave y sonaba como si el aparato se hubiera estropeado. Lysbeth se acercó a la cama.

—Ha dicho «profesor Tamiroff» como si le costara. Es una voz horrible, como salida de ultratumba.

—Parece que hay más —observó Sean.

Volvieron a escuchar:

—«Prooofesoor... Taamiroff...»

—Ahora lo dice más claro —opinó Lysbeth.

—Es como si se tuviera acercando a las grabadoras, como si viniera de lejos.

—«Profesor Tamiroff, aquí estamos» —volvió a decir la voz lenta y muy grave que había captado el magnetófono.

—Baja él volumen, se oirá mejor —le pidió Lysbeth.

En las otras habitaciones se producían escenas similares, todos estaban haciendo funcionar sus respectivas grabadoras.

Se escucharon palabras ininteligibles y volvieron a salir otras más claras.

—«¿Qué deseas de nosotros?»

—Sean, Sean..,

La vocecita de Lysbeth era trémula y muy baja de tono.

—Calla, calla, déjame escuchar.

—Tengo miedo, tengo miedo, no puedo remediarlo. Para este aparato infernal, páralo —pidió Lysbeth.

—Tápate los oídos, déjame escuchar.

—Son los muertos del cementerio que hablan, Sean. ¿Es que no te das cuenta? Abandonan sus tumbas...

—Parece increíble. Y yo que siempre me he reído de todo esto —gruñó Sean que no perdía de vista la grabadora que seguía girando.

Entre las voces claras sonaban otras que no se podían entender en absoluto, era como si cerca de los magnetófonos hubiera varios seres.

—«No es el profesor Tamiroff, no es el profesor Tamiroff,..» —repitió la voz que se oía más claramente.

—¿Qué quieren decir ahora? —inquirió Lysbeth.

—No lo sé.

—Parece que se refieren a alguien.

—«¡No, no, soltadme, soltadme!» —Es la voz del profesor Shotton —dijo Sean.

—Sí, es cierto, yo también la reconozco.

—«¡Muerte al intruso!»

—«¡No, no, socorro, auxilio, no, aaaggh!»

Tras el grito de agonía y muerte del profesor Shotton, volvió a hacerse el silencio en la cinta. Lysbeth tenía sus manos crispadas alrededor del brazo de Sean.

—Han sido ellos.

—Eso parece.

—La grabadora servirá de prueba para la policía

—¿Y cómo crees que la policía atrapará a los muertos, sacándolos de sus tumbas con una pala?

—No sigas, Sean, tengo miedo.

—Pues, dormiremos muy juntitos y así no tendrás miedo.

—Está bien.

Sean quedó un tanto perplejo ante la aceptación por parte de la chica.

—Caramba, debes de tener mucho miedo.

—Sí —asintió ella, y Sean notó el temblor en sus labios.

El hombre quitó la cassette de la grabadora y con una llave agujereó el lugar adecuado de la cajita para que la grabación no se pudiera borrar erróneamente. Después, le dio la vuelta.

—Veremos qué podemos grabar más.

—¡Yo no quiero oír más cosas terroríficas, quiero irme de aquí!

—Imposible, sólo hay el microbús y si nos lo llevamos, nos acusarán de robo.

—No hay teléfono, no pueden llamar a la policía para denunciarnos.

Sean quedó unos instantes pensativo.

—¿Y si luego bajan al motel? Puede hacerlo el chófer, ya has visto que a ese sujeto lo utilizan para todo, parece el esclavo perfecto. Puede llamar a la policía desde el motel y nos buscarían.

—No creo que llamaran a la policía si nada más llegar encontraban el microbús; sería absurdo. ¿Cómo iban a decir que se lo habían robado?

—Tienes razón. —Sean miró la amplia cama en pena—. ¿No íbamos a dormir aquí, muy juntitos?

—Por favor, Sean —suplicó ella—, sácame de aquí.

—Está bien, está bien, nos iremos, pero yo no tengo las llaves del microbús.

—Tú entiendes de coches, hazle un puente.

Sean volvió a calzarse las botas, rezongando.

—He tenido muchas noches movidas, pero ésta va a resultar muy agitada.

Cuando estuvo en pie, volvió a mirar la grabadora y sacó la cassette, guardándosela en un bolsillo.

—¿Dejas el aparato?

—Sí. De llevármelo podrían acusarme de ladrón y hay que evitar que puedan echar mucha leña al fuego. Cuando se enteren de que no somos los australianos, nos van a acusar de todo lo que se les ocurra. Menos mal que Claudia no tenía ni idea de cómo son los australianos.

—Estoy ansiosa por llegar a un lugar civilizado. No podía figurarme que esto fuera tan terrorífico. Sólo me hubiera faltado caer en manos de los muertos que salen de sus tumbas como el desgraciado profesor Shotton.

—Olvídalo, no pienses más en ello.

Sean apagó la luz y se acercó con sigilo a la puerta. Pegó el oído a la madera y así permaneció durante medio minuto, escuchando atentamente.

Abrió luego la puerta con sumo cuidado y atisbo hacia el exterior. Sólo había una débil luz que provenía del salón.

—Ahora, salgamos ahora.

Abandonaron la habitación como dos sombras. Cerraron y se enfrentaron con la escalera. Era un momento crucial en que iban a estar totalmente al descubierto.

—Aprisa, sin hacer ruido —pidió Sean.

Cogidos de la mano, descendieron la escalera rápidamente.

Nadie semejó descubrir su fuga. Llegaron al pie de la escalera y cruzaron el salón, dirigiéndose hacia la puerta, entrando en zona de penumbras. Lysbeth se pegó contra la pared y respiró hondo.

—Lo hemos conseguido.

—Esto es sólo el principio. Hay que poner el microbús en marcha y no conocemos el camino ni sabemos dónde estamos.

Abrieron la puerta principal, salieron y cerraron tras de sí.

—Parece que no llueve.

—El microbús no está.

—Será mejor que te quedes detrás de ese ángulo del zaguán.

—¿Por qué?

—Iré a buscar el microbús.

—Yo puedo ir contigo.

—Es que me moveré mejor solo.

—No quiero quedarme sola, tengo miedo.

—No seas tonta, espérate aquí. Pongo el microbús en marcha y te vengo a buscar. Cuando se den cuenta, ya estaremos monte abajo porque el microbús ha subido mucho. Funcionaba con una marcha corta y le costaba.

—Sí, había muchos baches en el camino.

—Pues anda, quédate ahí.

—No tardes, por favor —suplicó Lysbeth.

—¿No me das un beso?

—¿Un beso, ahora?

—Claro.

—¿Por qué?

—Porque me voy a buscar el percherón en el que saldremos huyendo al galope del castillo encantado donde los monstruos nos acechan.

—¡Qué tonto eres!

—Está bien, si no quieres...

—Espera.

Cogiéndole por el cuello, lo besó en los labios y no fue un beso fugaz sino un beso largo y profundo, un beso que hizo decir a Sean;

—¿No sería mejor subir otra vez a la habitación? Aquí afuera hace mucho frío.

—¡No puedo ser buena contigo! Anda, vete ya.

—Hasta ahora.

Sean se alejó, buscando las sombras. Tenía que rodear el caserón. De ¡as ventanas del piso, pese a las cortinas ajadas y polvorientas, pues el profesor Tamiroff no se había preocupado lo más mínimo de remozar el caserón, escapaba luz.

Al fin, encontró el microbús encarado con la pared y sonrió al verlo. Podrían escapar de aquel lugar si lograba ponerlo en marcha. No era ningún ladrón de coches, pero sabía cómo poner en marcha un vehículo sin utilizar la llave de contacto.

Probó con la portezuela y ésta, sorpresivamente, cedió.

Sean se introdujo en el vehículo, se acomodó frente al volante y quedó todavía más sorprendido al ver que las llaves del contacto estaban puestas.

—Esto sí que es tener suerte —se dijo.

Dio un cuarto de giro a la llave para conectar la batería y encender los faros, pero éstos no se encendieron y tampoco las luces del salpicadero.

Extrañado, hundió el pedal del gas, arriesgándose a ser descubierto pero esperando maniobrar con rapidez antes de que nadie pudiera detenerle. Dio al contacto esperando oír el ruido del encendido, mas no se escucho nada.

—¿Qué diablos pasa ahora?

Dio varias veces al contacto con resultado negativo. Saltó del vehículo, levantó la tapa del motor y miró hacia el interior alumbrándose con una cerilla. Mientras la tapa levantada escurría el agua de la lluvia, gruñó:

—Puñetas, si falta la batería... ¿Cómo lo pongo yo ahora en marcha? Si por lo menos estuviéramos en una pendiente pronunciada, pero aquí y con barro

no hay nada que hacer.

Cerró el vehículo, desilusionado. ¿Se habría llevado el chófer la batería para recargarla?

Había cerrado la puerta pero, antes, se metió las llaves en el bolsillo. Si el chófer regresaba al día siguiente con la batería y trataba de poner en marcha el microbús, pensaría que se había olvidado las llaves en alguna parte.

Con las llaves en el bolsillo, Sean retornó en busca de Lysbeth a la que encontró muy silenciosa, pegada a la pared.

—Lo siento, cariño, pero el microbús no tiene la batería; debe estar en alguna parte del caserón, recargándose posiblemente. Si la encontramos, aunque tenga poca electricidad, será suficiente para poner el microbús en marcha.

Ella permaneció silenciosa, sin decir nada, y su actitud extrañó a Sean.

—Pero ¿qué te pasa, tanto te molesta? Te prometo que buscaré la batería.

—¡Sean, Sean!

Estalló en un brusco sollozo, pegando su rostro al tórax del hombre que, instintivamente, la abrazó.

—¿Qué te pasa ahora? Ni que hubieras visto a un muerto.

—Es que lo he visto, Sean, lo he visto, te lo juro —dijo sollozando contra el pecho masculino que notaba sus leves convulsiones.

—Tranquila, mi pequeña Lysbeth, tranquila. La soledad y la noche juegan malas pasadas.

—No, Sean, te lo juro. Lo he visto, lo he visto.

—¿Un muerto del cementerio?

—Era el profesor Shotton, Sean, el profesor Shotton.

—Imposible, si lo hemos visto colgando del gancho y sangrando.

—Era él, te lo juro.

—He visto bien sus ojos, Lysbeth, y eran ojos de muerto.

—Por eso tengo tanto miedo, Sean.

Y continuó llorando contra el pecho del hombre.

CAPITULO IV

Claudia se hallaba en su habitación cuando llamaron a la puerta con sumo cuidado, los golpes apenas fueron audibles.

La mujer se fijó en que el pomo de la puerta se movía como si quien estaba al otro lado de la pesada y antigua hoja de madera tratase de entrar.

Se acercó a la puerta y volteó la llave. Abrió con cuidado y reconoció de inmediato a su visitante.

—Pasa, pasa.

Se hizo a un lado y el hombre se filtró en la alcoba que Claudia se apresuró a cerrar, volteando la llave.

—Shotton, ¿te encuentras bien?

El hombre soltó una breve carcajada de triunfo.

—Claro. No puedes negar que ha sido un trabajo perfecto.

—Sí, realmente parecías un muerto.

—Hasta chorreaba sangre.

—Has manchado el magnetófono del profesor Tamiroff.

—Ha sido un buen efecto. Sangre de cabrito con un buen chorro de anticoagulante... Compré tres frasquitos en una farmacia, los mezclé con la sangre y así la he podido guardar varios días sin coagularse. Si no la llego a conservar en la nevera hubiera olido mal y nadie se habría creído que era fresca.

—Qué asco.

—Nadie ha dudado que estaba muerto, ¿eh?

—No, nadie. Tenías unos» ojos.

—Mira, mira.

Sacó dos piezas de plástico que imitaban unos ojos humanos pero sin vida. El profesor Shotton se los colocó y se rió.

—¿Qué te parece?

—Estás horrible, pareces un cadáver de verdad.

—Me los vendió un mago de circo, hay muchos trucajes en esa profesión de mago de circo. Lo que me ha sabido mal es que con estos cubreojos no veía nada.

—Quítatelos, me das miedo.

—¿Miedo tú? —Volvió a reír.

—Es que me das una impresión muy rara.

Shotton se quitó las piezas, las miró y se las guardo en un bolsillo.

—Ahora ya estoy muerto para todos. El día que me vean resucitado, les va a dar una apoplejía.

—¿Y en el cuello, no te has hecho daño?

—¿En el cuello? Oh, no, he utilizado un atalaje de pecho de los que se usan en teatro y cine para los supuestamente ahorcados. Estaba por debajo de la camisa y no se notaba nada, tú lo habrás podido comprobar.

—Sí, nadie se ha dado cuenta. Lo que ahora interesa es que nadie te vea, que nadie sospeche que todo ha sido un trucaje.

—Nadie me ha visto, el caserón está muy silencioso.

—Lo has hecho todo muy bien.

—Tú lo planeaste, Claudia.

—Sólo hemos hecho que comenzar, Shotton, no te precipites en saborear el triunfo.

—Claudia, tienes una mente tan fría y maquiavélica que todo saldrá como planeaste. Por cierto, ¿cómo han salido las grabaciones?

—Perfectas.

—¿Estás segura?

—Sí, he escuchado la grabación del magnetófono del profesor Tamiroff. Supongo que las demás grabadoras han captado lo mismo.

—¿Has retirado la grabación nuestra que puse en marcha nada más alejarnos, al dejar los magnetófonos en marcha?

—Sí, no la encontrarán.

—Yo pude oír las voces que tú habías grabado; la verdad es que grabar en un magnetófono de velocidad regulable deforma cualquier voz.

—Fue un trabajo de los llamados de profesional —admitió Claudia, satisfecha de sí misma—. Ni yo misma hubiera reconocido mi propia voz.

—Sí, nadie podría decir que la voz que todos han grabado y que parece de muertos es la tuya, Claudia.

—Tuve que hacerla un poco más grave. —La imitó, alargando las sílabas y Shotton se rió—. ¿Lo hago bien?

—Muy bien, y con una diferencia grande de velocidad al pasar la cinta, todavía suena más perfecto. Encima, mientras los supuestos muertos hablaban, yo pedía auxilio, decía que tenía miedo y hasta hacía aaaaggg...

—¿Quién va a dudar ahora de la existencia de los muertos? —preguntó Claudia con actitud de triunfo.

—Nadie, absolutamente nadie.

—Ahora, celebrémoslo con un trago de whisky.

—¿Lo tienes aquí?

—Claro, te estaba esperando, aunque has corrido mucho riesgo. Si llegan a descubrirte, todo nuestro plan se hubiera hundido.

Claudia sacó de su armario una botella de whisky y dos vasos. Los llenó y bebieron.

Claudia notó la fuerza de la bebida resbalando por su garganta y su voz semejó hacerse más grave.

Shotton la miraba con ojos brillantes; se daba cuenta de que el hombre la estaba deseando, pero también sabía que ella le dominaba. Era más inteligente, más ambiciosa y más fría que él.

—La primera parte del plan ha salido bien. No debes dejarte ver en ningún momento, mañana llevaremos a cabo la segunda parte.

—¿Y Burton?

—No te preocupes por él, es silencioso y yo lo manejo.

Shotton le tendió su vaso para que ella volviera a llenarlo de licor. Mientras Claudia lo hacía, él dijo:

—A veces, me das miedo.

—¿Miedo yo?

—Sí, eres endiabladamente fría y estás tan segura de lo que haces... Manejas a Burton, manejas al profesor aunque él no se dé cuenta y también yo hago lo que tú quieres.

—Te equivocas, al profesor Tamiroff yo no lo manejo. El tiene una fuerte personalidad y es un gran psicólogo, sólo que envejece y pierde facultades poco a poco, apenas sin darse cuenta, pero aún es muy poderoso. A mí me cuesta mucho disimular mis planes en su presencia, a veces temo que pueda leer mi pensamiento.

—No creo que sea capaz de hacerlo.

—Pero, lo intenta. ¿Sabes?, él quiso hacerme suya.

—¿Y no te entregaste?

—Me sugestionó, me dominó mentalmente. Incluso, en aquellos momentos, yo misma deseé que me poseyera con fuerza, casi con violencia.

—Me asombras.

—Me había transformado el poder mental del profesor Tamiroff, no lo subestimes. ¿Por qué crees que tomo tantas y tantas precauciones?

—Entonces, ¿consiguió lo que quería de ti, de tu cuerpo?

—No.

—¿Por qué?

—Ya estaba demasiado viejo.

Shotton estalló en una fuerte carcajada. Claudia se abalanzó sobre él y le tapó la boca con la mano.

—Pueden oírte, estúpido, y todo habrá sido inútil.

—Está bien, está bien, reiré en tono bajo. Vaya con el profesor... Se pueden conseguir muchos poderes mentales pero no recobrar la virilidad perdida. Te sentirías decepcionada, ¿eh?

—Sí, confieso que sí.

El la enlazó por la cintura con su brazo.

—Prometo no defraudarte como Tamiroff.

—Suéltame —exigió con un gesto duro.

—¿Qué pasa, es que yo no puedo sugestionarte? ¿Tendré que esperar a ser viejo como él?

—No digas tonterías. Somos socios, nada más.

—¿Qué te sucede, Claudia? ¿Es que después del desengaño con el viejo profesor ya no vas a acostarte con ningún hombre?

—Yo no he dicho tal cosa, simplemente que contigo no va a ser.

Shotton se sintió molesto. Le gustaba Claudia, le gustaba porque era hermosa, inteligente, y porque íntimamente deseaba poseerla. Era una forma de demostrarse a sí mismo que podía dominarla y someterla porque se daba

cuenta de que era él quien se sometía en todo lo que a Claudia se le ocurría.

Había sido así desde el primer día, cuando se conocieron en un congreso de parapsicología.

—Claudia, ahora que estamos a solas, que nadie puede molestarnos, que estamos celebrando el triunfo de la primera parte de tu plan, porque es tu plan, podemos gozar un poco tú y yo. Creo que los dos nos lo tenemos merecido.

—No seas idiota. Quédate aquí y yo me iré.

—No, Claudia. —Le cortó el paso hacia la puerta.

—No te pongas pesado, Shotton —le advirtió más que pidió.

—Te deseo, Claudia.

—Estar allí colgado te ha trastornado.

—Te deseo desde el día que nos conocimos.

—Está bien, me deseas, va lo sé. Ahora, sigue mis planes y luego, cuando todo haya salido bien, quizá, quizá...

—No me basta ese quizá.

—¿Ah, no, qué es lo que te basta a ti?

—Ahora.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No, no bromeo.

—No trates de cometer una estupidez.

—No es ninguna estupidez, es el deseo de que gocemos juntos sobre esa cama que está ahí, detrás de ti.

—No lo conseguirás, yo no me someto a ningún hombre.

—¿Y si yo fuera otro?

—¿Otro?

—Sí, ya he observado que mirabas mucho a ese australiano.

—¿Bryan?

—Sí. Aunque trae a una jovencísima y bella mujercita, tú no has dejado de mirarle y tus ojos provocaban, tus ojos estaban cargados de lascivia.

—Estás idiota, Shotton.

—Si fuera Bryan, ¿accederías?

—Vete al diablo.

—Claudia, si no accedes a mis deseos... —Dejó en el aire una velada amenaza.

Ella, como mordiendo ¡as palabras, preguntó:

—¿Qué?

—Puedo descubrirlo todo.

—No te atreverás.

—Sí, puedo hacerlo.

—Pues te acusarían a ti.

Shotton sonrió desafiante,

—¿De qué?

—De farsante.

—Eso está bien. Diría que ha sido para demostrar que no había muertos y que todo ha sido un truco tuyo. Yo tengo tu grabación y pasándola con más velocidad llegaría a reconocerse tu voz y todo tu trucaje. ¿Qué diría el profesor Tamiroff cuando se viera totalmente en ridículo delante de sus colegas?

—No, no puedes hacer eso.

—Tus planes se vendrían abajo, ¿eh?

—Eres un canalla.

—Si se desea algo importante hay que pagar. Yo he corrido todo el riesgo colgándome, ahora paga tú también tu parte.

—Chantajista...

—Después me llamarás amor mío. Estoy seguro de que nos entenderemos muy bien, yo borraré tus recelos hacia el amor.

—No me obligues, Shotton, no lo hagas.

—Vamos, comienza ya. No sé qué tal puedes hacer un «strip-tease» sin música pero a mí me vale.

Claudia respiró hondo, muy hondo. Necesitaba aire para su cerebro, aire para pensar, aire para odiar a Shotton.

—Dime que es una broma —insistió.

—Empieza a desabrocharte el vestido y sin prisas, tenemos todavía mucha noche por delante.

Claudia comprendió que si no accedía al chantaje de aquel hombre al que creía tener dominado, todo su plan se vendría abajo, todo se descubriría y no volvería a tener otra oportunidad para llevar a cabo lo que deseaba.

Por ello, comenzó a desabotonarse el vestido lentamente, cargando de odio sus ojos, un odio que no desaparecería en toda la noche.

Shotton no iba a poseer un cuerpo caliente sino un cuerpo frío y distante que no colaboraría en absoluto pese a quedar sometido a los deseos lujuriosos del hombre que todos creían muerto, colgado de una cadena en el abandonado cementerio.

CAPITULO V

Lysbeth se había tendido en la cama y estaba como encogida sobre sí misma.

La palidez de su bello rostro era evidente. Llamaron a la puerta y ella la miró con miedo; la llamada se repitió y se levantó para acercarse a la hoja de madera y preguntar:

—¿Eres tú?

—Sí, soy Sean, abre.

Abrió y el hombre se filtró en la estancia. Traía algo consigo. La muchacha preguntó:

—¿Has encontrado la batería del microbús?

—No, no la he encontrado.

—¿Qué haremos ahora?

—Esperar a mañana.

—Yo quiero irme ahora.

—Imposible, no está el tiempo propicio para largarse de aquí. Además, es muy tarde y llueve. Posiblemente el camino esté cortado por alguna torrentera, no podemos marcharnos.

—¡Yo no quiero quedarme aquí, no quiero!

—Debes calmarte, Lysbeth. Mira, he encontrado esto.

Sean le mostró una botella con aire triunfante.

—Esto te hará pasar el miedo, es vino francés.

—Lo que yo quiero es marcharme.

—Habrá tiempo mañana, con la luz del día. Ese condenado chófer aparecerá con la batería de la furgoneta.

—No me crees, Sean, no me crees, piensas que soy una histérica.

—Está bien, has visto a Shotton —resopló—. Anda, tómate un trago y verás cómo te sientes mejor.

Acercó el gollete de la botella a los labios de Lysbeth y ésta la miró con aprensión. Sean se la acercó tanto a la boca que tuvo que beber. Hizo un alto para respirar, pero el joven la obligó a tomar más.

—Basta, basta —pidió.

—Bueno, creo que es suficiente para entonarte un poco. Además, afuera hace frío.

Lysbeth se relamió los labios y opinó:

—Pues no está mal.

—Si te lo diera en copa, hubieras bebido un poco más, pero como no estamos en un hotel con condiciones... El aseo no es más que un retrete metido en un cuartucho inmundo.

—Trae, ya que lo deseas tomaré un traguito más.

Ella misma cogió la botella y se la llevó a los labios. Bebió por tres veces y fue Sean quien tuvo que quitársela.

—Eh, basta, ahora sí que vas a ver muertos por todas partes.

Le tomó la botella y bebió él. Al poco, dentro de la botella ya no quedaba nada. Lysbeth se había sentado en el borde de la cama y lo que antes eran unas mejillas pálidas, ahora parecían manzanas subidas de color.

—Hace calor, ¿verdad?

—Un poco —asintió él.

Lysbeth se quitó la gabardina.

—Me siento un poco mareada.

—Libérate el cuello.

—¿El cuello?

—Sí.

El mismo le desabrochó el jersey que llevaba debajo. Lysbeth no protestó y, al poco, Sean la besaba en el cuello y en el nacimiento del escote. Ella sintió oleadas aún más intensas de calor mientras una montaña de algodón flotaba dentro de su estómago.

—No, Sean, no...

Se dejó caer hacia atrás, incapaz de mantener la espalda derecha.

—Me gustas, Lysbeth, me gustas. Sabía que terminaríamos amándonos.

—Por favor, no seas canalla.

—O soy canalla o soy imbécil, y prefiero ser canalla...

* * *

Todo el suelo estaba mojado. La tierra era casi un barrizal y donde había hierba, los pies se hundían como en una esponja repleta de agua mientras las hojas de los árboles perennes rezumaban agua también.

Sean se adentró en el pequeño cementerio, un cementerio con escasas lápidas, muchas de ellas caídas.

Era difícil leer lo que se había cincelado en aquellas piedras, pues alguien parecía haberse entretenido golpeándolas con un martillo de picador de adoquines.

Sean miró la cadena y el gancho que pendían del centro de la bóveda de aquella especie de glorieta sostenida por columnas y que un día pudo ser utilizada como capilla abierta, aunque ahora no había en ella ningún símbolo o señal que expresara nada.

—¿Buscas algo?

La voz le sorprendió. Quien acababa de interpelarle parecía haber surgido imprevistamente de detrás de una columna o de una lápida.

—Ah, es usted, Claudia.

—Has madrugado mucho.

—Suelo hacerlo cuando duermo poco.

—¿Incómoda la cama?

—No, no, ciertamente era cómoda, sólo que he pensado mucho.

—¿Has pensado mucho teniendo a una mujercita tan joven y hermosa al

lado? —preguntó ella, maliciosa, insistiendo en el tuteo.

—El amor tiene su tiempo, hay que dejar descansar a quien se agota.

Claudia se rió bajito.

—¿La has agotado?

—¿Hablamos de otra cosa?

—Contigo me gustaría hablar de muchas cosas, Sean.

—¿De cuáles?

—No sé, de parapsicología, por ejemplo.

—Prefiero hablar de lo que anoche colgaba de esa cadena.

—¿Colgaba algo de la cadena? —inquirió en tono ingenuo.

Sean se la quedó mirando muy interrogante.

—¿Pretende tomarme el pelo?

—No, nada de eso, pero a veces un mal sueño es preferible olvidarlo.

—Un asesinato no es un mal sueño. ¿Dónde está el cadáver?

—¿Qué cadáver?

—Si seguimos jugando a! diálogo entre sueco y filipino, no llegaremos muy lejos pero terminaré molestándome. Soy partidario de avisar a la policía.

—No lo creo.

—Parece muy segura.

—Tanto como de que no eres australiano.

—¿Qué quiere decir?

—Que sé que no eres australiano.

—Y si lo sabe, ¿por qué no me desenmascara?

—Crearíamos más confusión y en las circunstancias en que estamos no conviene. Cuido de la imagen del profesor Tamiroff y no se puede consentir que se le acuse de supercherías. Sí los demás se enterasen de que tú y la chica que va contigo no sois los australianos parapsicólogos, pensarían que habéis tenido que ver con lo ocurrido aquí anoche.

—Nosotros nada tuvimos que ver, estábamos con todos en la cena.

—Lo sé, lo sé, pero los demás recelarían y si la policía mete las narices aquí, ¿en quién se iba a fijar? Pues especialmente en dos intrusos que han usurpado una personalidad que no era la suya,

—De modo que somos sospechosos...

—Para mí, no.

—¿Por qué para ti no?

—Porque yo sí creo en los muertos amigos del profesor Tamiroff.

—¿De verdad crees que fueron ellos los que asesinaron al profesor Shotton?

—Sin duda.

—Frente a la policía, tenemos coartada como todos.

—Es cierto, pero serían más duros en sus interrogatorios contigo y tu acompañante. Por cierto, ¿es tu mujer o sólo una compañera?

—¿Importa eso?

—Bueno, no importa demasiado. Eres un tipo listo y quizá tú y yo algún

día hagamos algo juntos.

—¿Algo, como qué?

—No lo sé aún.

—¿Sobre algo blanco?

—Olvida las sábanas por el momento y sigue haciéndote pasar por el parapsicólogo australiano.

—No pienso hacerlo, me marcho.

—¿Cómo, a pie? El camino es largo y muy malo.

—¿No está el microbús?

—Se ha estropeado.

—¿Fortuita o expresamente?

—Eres muy suspicaz. ¿Por qué habría de estropearlo alguien?

—No lo sé aún, pero quizá para que pasemos más tiempo aquí.

—¿Con qué motivo?

—Es otra incógnita que, por el momento, no puedo descifrar, pero seguro que el tiempo la resolverá.

—Si sabes esperar, posiblemente salgas beneficiado.

—¿Con qué?

—Quién sabe.. Puede ser que con algo que te interese, ya veremos. Por el momento, es mejor que no delates tu personalidad y no le digas a tu chica que yo sé que no sois los parapsicólogos australianos.

—¿Por qué ocultárselo a ella?

—Todas las mujeres no sabemos mantener la lengua quieta; además, es muy joven y podría ponerse nerviosa. Ella confía en ti, me he dado cuenta. Tú eres un hombre que inspira confianza a las mujeres pese a que no nos importa dejarnos seducir por ti.

—Vaya, no sabía que tuviera tanto atractivo. Me da la impresión de que te estás burlando de mí.

—Te aseguro que no es así.

—Quizá valga la pena hacerte caso.

—Verás cómo sí. Por cierto, ¿Sean es tu verdadero nombre?

—Sí.

—¿Y Lysbeth el de ella?

—También. ¿Cómo nos descubriste?

—Fue fácil. En realidad, la confusión la tuve al veros salir del parking en el motel. Era tarde, de noche y comenzaba a llover. Estábamos esperando al joven matrimonio australiano y aparecisteis vosotros. Después me he dado cuenta de que de parapsicología no sabéis nada, no tenéis acento australiano y si os pregunto por los aborígenes australianos o por los arrecifes, seguro que no sabréis responder. Tampoco traíais magnetófono y eso es imperdonable en unos parapsicólogos que acuden a unas sesiones de psicofonías.

—De modo que se nos ha visto el plumero.

—Totalmente, pero era mejor callar. Los demás sí son parapsicólogos y podrían escribir muy mal de lo que aquí sucede y al profesor Tamiroff, que lo

realiza todo con gran honestidad, le sentaría muy mal. Tiene muchos enemigos que tratan de acusarle dé farsante.

—¿E! profesor Hannibal, por ejemplo?

—Sí, es uno de ellos. Recela de todo.

—Ya me he dado cuenta. Si él descubre que no somos los parapsicólogos australianos, comenzará a vocearlo.

—Es mejor que no habléis con él. Yo os ayudaré, pero, recuerda, no le digas nada a Lysbeth. Ah, no me has dicho que hacíais en el parking del motel cuando os pedí equivocadamente que subierais al microbús.

—Mi coche se estropeó en !a carretera. Lo dejamos en la cuneta y fuimos andando hasta el mote! para pasar la noche allí. Pensábamos enviar una grúa para recoger el coche, aunque no sé si merece la pena, es tan viejo y tan cacharro.

—Quizá tengas suerte y más adelante poseas uno mejor. Un amigo mío tiene una empresa comercial de compraventa de coches usados que podría atenderte muy bien, pero que muy bien si ibas de parte mía.

—Aunque me atendiera bien, un coche vale mucho dinero.

—Eso se podría arreglar si tú te portas bien en el tiempo que pases en este lugar y me ayudas en lo que te pida.

—¿En qué tengo que ayudar?

—En no provocar alboroto, por ejemplo.

—Eso no es difícil, pero ¿y el cadáver que estaba colgando?

—Supongo que Burton se habrá ocupado de él.

—¿Burton?

—El chófer, el camarero, el servidor... Es un hombre con una fidelidad perruna hacia el profesor Tamiroff desde que le, salvó de la muerte.

—¿De veras le salvó de la muerte?

—Un médico le dijo que tenía cáncer; el profesor Tamiroff le convenció de lo contrario y, ya lo ves, está perfectamente.

—Caramba, eso sí que es una curación por sugestión. ¿Ha ido a comprobar a algún hospital si continúa padeciendo cáncer?

—No, no le interesan ya los hospitales. Se encuentra bien y para él eso es más que suficiente.

—¿Quieres decir que ese sujeto puede haberse llevado el cadáver?

—Supongo.

—¿Sólo supones?

—¿Quién, si no, se lo iba a llevar? Aunque, es inútil que le preguntes a Burton, no te dirá nada. Habla poquísimo y es de una fidelidad terrible al profesor Tamiroff. A todos nos mira como a enemigos, incluso a mí.

—Pero, algo habrá hecho con el cadáver del profesor Shotton.

Claudia se encogió de hombros.

—Quizá lo ha enterrado y si lo ha hecho, jamás nos dirá dónde. Convéncete, Sean, es mejor olvidar lo que ocurrió aquí anoche. El profesor Shotton ha desaparecido y si alguien pregunta, no vino con nosotros. No

sabemos nada, así nos ahorraremos molestias de la policía que jamás creería que los muertos que yacen bajo estas tumbas que nos rodean, han sido quienes le han matado.

—La verdad, yo tampoco lo creo.

—¿Pese a lo que has escuchado en el magnetófono?

—¿Cómo sabes que he escuchado?

—Porque me di cuenta de que te llevabas la grabadora del propio profesor Shotton. Si cometieras la tontería de avisar a la policía, ese pequeño hurto haría que fueras aún más sospechoso si cabe.

—Claudia, empiezo a pensar que eres una mujer a tener en cuenta.

—¿De verdad? —preguntó, halagada.

—Sí, eres una mujer peligrosa. Todo pareces vigilarlo, todo pareces saberlo... Tienes respuesta para todo y das la impresión de controlarnos como si fuéramos muñecos movidos por hilos que cuelgan de tus ágiles dedos.

—Diviértete lo que puedas con tu joven amiguita. Después ya tendrás tiempo de conocerme a mí y podrás comparar. La experiencia puede ofrecer cosas que la juventud ignora. Ahora, no busques más e! cadáver de Shotton. Burton no dirá jamás dónde lo ha ocultado, ni a ti ni a nadie, ni siquiera a mí pese a saber que soy la mujer de confianza del profesor Tamiroff.

Claudia se apartó de él y se alejó, envolviéndole en una mirada que más que cálida era ardiente, cargada de promesas.

Sean nunca se había sentido achicado ante una mujer, pero aquella Claudia imponía. ¿Qué sucedería al final con ella? Tendría que dejar pasar el tiempo, quizá hubiera sorpresas, muchas sorpresas.

CAPITULO VI

Lysbeth se ajustó las pequeñas braguitas blancas y luego se vistió mientras miraba la ancha cama, una cama que mostraba las huellas de dos cuerpos que habían pasado allí la noche, dejando las sábanas y el colchón impregnados de calor humano.

Algo debió enroscarse en su mente de forma perforante porque se sonrojó y se volvió para no volver a mirar el alto y mullido lecho con dosel.

La ventana estaba abierta y por ella entraba una brisa ligera y fría que no resultaba molesta, renovando el aire viciado de la habitación.

Hubiera deseado disponer de un buen cuarto de aseo, pero allí no había más que una palangana y una jarra con agua para lavarse, un sistema medieval de aseo matutino, pero era mejor que nada.

Tampoco tenía cepillo para sus cabellos. No tenía maleta ni nada que se le pareciera, pero en su bolso de mano encontró un peine que siempre llevaba consigo y comenzó a desenredarse los cabellos, esponjándolos al mismo tiempo. No le gustaba llevar el pelo aplastado.

La puerta se abrió, sorprendiéndola. Parpadeó, mirando al hombre.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás esta mañana?

Miró directamente a los ojos de Sean. No sabía si saltar sobre él con las uñas listas para arañarle o dedicarle una tierna caída de ojos, esperando una palabra cariñosa que precediera a un beso.

—Eres un sinvergüenza —silabeó.

—Peor sería que me dijeras que soy un hombre bueno.

—Cínico.

—No creo que sea para tanto —le dijo, acercándose.

Cogiéndola por los brazos, la estrechó contra sí pese a que Lysbeth oponía un poco de resistencia para no dejarse abrazar.

—Te aprovechaste de mí debilidad. Tenía miedo y me emborrachaste para, para...

La oyó gemir, fue un sollozo ligero, sin violencia.

—Amor, amor, no soy un sinvergüenza como crees. Te amo, eso es todo y tú me amas a mí.

—No —denegó ella sin fuerzas.

—Sí, me amas.

Le cogió el mentón, se lo alzó y la obligó a mirarle a los ojos, viendo que los de ella estaban húmedos.

—Me amas un poquito, ¿verdad?

—¡No!

—Vamos, dímelo otra vez.

—¿Para qué quieres que te lo diga, para humillarme? Luego me dejarás y te irás con otras, eres un canalla, un canalla.

—Ya me he dado cuenta de que no eres una de esas chicas que cuando se

levantan por las mañanas no se acuerdan ni de la cara que tenía el tipo que se acostó con ellas.

—Esas son furcias.

—Sí, eso creo yo también. Tú eres distinta, ya lo sé, por eso me gustas más.

—¿Más, para reírte de mí?

—No, no, verás cómo nos liamos de verdad cuando salgamos de este caserón lleno de maniáticos. Por cierto, he ido a ver al muerto y no estaba.

—¿Se lo han llevado?

—Eso parece.

—¿Al pueblo?

—¿Qué pueblo?

—No sé, alguno que haya cerca.

—Ojalá hubiera alguno cerca, porque parece que el microbús no funciona y no he conseguido encontrar la batería. Cuando me tope con ese Burton, le voy a coger por el cuello y lo sacudiré hasta que diga dónde la ha escondido y por qué lo ha hecho.

—¿Y el cuerpo del profesor Shotton?

—Imagino que lo habrá hecho desaparecer ese Burton. Parece que es un neurótico que adora al profesor Tamiroff. Cree que el profesor le salvó de un cáncer y está dispuesto a matar por él si es preciso.

—No me gusta.

—A mí tampoco, pero está ahí y hay que contar con él.

—¿Y quién te ha contado todo esto?

—Claudia.

—¿Has estado con ella? —preguntó, repentinamente molesta. Sin siquiera saberlo, un ramalazo de celos le subió desde las rodillas por los muslos hacia el vientre, los pechos y brotó por su boca y sus ojos, siendo incapaz de contenerlo.

—Estaba en el pequeño cementerio donde hicimos las psicofonías cuando ha aparecido ella. Hemos charlado un poco.

—Esa mujer tampoco me gusta.

—No te gusta nadie, ¿eh?

—Es verdad, nadie, nadie. Quiero irme de aquí, todavía no comprendo cómo he venido a parar a este lugar. Vas a una discoteca, aceptas la invitación de un chico para dar una vuelta en su coche y luego resulta que es un cacharro. Cuando te das cuenta, te encuentras en un caserón de locos que pretenden hablar con los muertos y donde aparecen hombres asesinados cuyos restos se esfuman... Si continúo aquí más tiempo, creo que no voy a poder soportarlo.

—Los seres humanos somos animales de costumbres, sólo necesitamos un poco de tiempo para poder aguantar.

—Podríamos irnos a pie.

—Es una posibilidad, pero estamos bastante lejos. Podrías pasarte el día

andando por caminos endiablados e incluso podría sorprendernos la noche antes de encontrar la carretera general y el motel. Estando el cielo encapotado, es mala cosa.

—Lo dices para que no nos vayamos de aquí, ¿verdad?

—No, todo lo contrario. Tengo tantas ganas de largarme como tú, si quieres que lo intentemos, adelante. Cogemos algo de comida y en marcha.

—Está bien, déjame pensarlo un poco. Desayunaré primero.

—Pues, bajemos al comedor. Veremos qué ha preparado ese Burton.

—¿Burton se ha hecho cargo del desayuno?

—Supongo. Burton se hace cargo de todo, esperemos que no cargue la leche con cianuro.

Cuando descendieron al comedor, comprobaron que la mesa todavía estaba con los restos de la cena. No habían sido retirados los platos ni las copas de la noche anterior y todo ofrecía un aspecto descuidado.

La profesora sueca apareció por la puerta que correspondía a la cocina, comentando:

—Burton no aparece por parte alguna, hay que hacerse el desayuno. ¿Viene conmigo, profesora Bryan?

Lysbeth, que se sentía extraña al oírse llamar profesora, se volvió hacia Sean y éste asintió con la cabeza.

—Vamos.

En la cocina estaban ya el profesor Hannibal, Hobber y Charles Verneuil. Todos hacían algo o llevaban vasos en sus respectivas manos que removían con cucharillas.

—Esto es un self-service —comentó algo jocoso el profesor Hannibal, mirando a los recién llegados.

—Nunca me ha ocurrido una cosa semejante —protestó con voz aguda el pequeño profesor francés.

La profesora Ingrid insistió:

—Burton no está y él es quien hace de todo, de chófer, de cocinero, de criado, claro que en este caserón es obvio que nadie limpia. Esperemos que se haya ido en busca de ayuda, dicen que el microbús está averiado. No veo cómo vamos a poder marchar de aquí si el microbús no funciona. Creo que hay cuarenta millas de tortuosos caminos por la montaña hasta el motel de la carretera.

—Hay que reconocer que el profesor Tamiroff buscó un paraje muy solitario para las psicofonías —gruñó el profesor Hannibal.

Había varias botellas de plástico conteniendo leche esterilizada y cajas de repostería, también un gran bote de azúcar y sándwiches enfundados en plástico que debían haber subido la noche anterior en el propio microbús.

—Parece que hay de todo para no pasar hambre —observó Lysbeth haciéndose cargo de la preparación de su desayuno y del de Sean, detalle que no pasó inadvertido para ¿1 siempre tranquilo profesor Hobber.

—Es una gran ventaja tener a una mujer que cuide de uno, seguro que

hasta todo estará mejor mezclado.

—¿Es usted soltero?

—Sí, con tres perros y dos gatos.

—¿Y se llevan bien?

—Mejor que muchos matrimonios que yo conozco. —Sonrió, añadiendo —: Pero, no me preparan el desayuno. Además, en confianza, a la hora de acostarse tiene usted infinitamente más suerte que yo.

—¿Alguien ha visto al profesor Tamiroff esta mañana? —cloqueó el profesor Verneuil desde su altura insignificante, mas no estaba dispuesto a renunciar a su papel, a su ser y estar en cada momento como cualquier otro personaje de los que asistían a aquel singular encuentro.

—El profesor Tamiroff les ruega excusen su presencia —dijo Claudia apareciendo en el umbral de la cocina con aire casi altivo, muy dueña de sí misma y de la situación. Era una mezcla de ama de llaves y de señora y soberana de un castillo del Medioevo.

—¿Se encuentra mal?

A la pregunta de la profesora Ingrid, Claudia, que no había avanzado un solo paso, respondió:

—Sólo un poco alterado, digamos que molesto y sorprendido por lo que ocurrió anoche. Pronto se sentirá bien y les atenderá como ustedes merecen. Les pido disculpas por este desorden; como sabrán, aquí no hay más servicio que lo que pueda hacer Burton, el ayuda de cámara del profesor Tamiroff. Creo que ha ido a buscar una pieza de recambio para el microbús que no funciona y eso hará que les retengamos aquí un poco más de tiempo. Lo mismo el profesor Tamiroff que yo deseamos que esto no les cause mayores problemas. Tendrán tiempo que cotejar sus propias grabaciones muy interesantes como esperaban. El lugar es idóneo tal como se les dijo ayer. Aquí cerca no hay emisoras de radio ni pasa ningún tendido eléctrico de alto voltaje.

—Es cierto —admitió el francés Charles Verneuil con su voz fina—. He obtenido unas voces extrañas de gran calidad.

—Son las voces de los muertos amigos del profesor Tamiroff —explicó Claudia adentrándose un poco más en la cocina donde todos se servían a sí mismo en aquel desayuno informal.

—A mí, el experimento no me parece válido del todo —rezongó el profesor Hannibal.

—¿Por qué?

Ante la pregunta de Claudia, el parapsicólogo, con su vaso de leche en la mano, dio su opinión:

—Dejamos los magnetófonos solos allí.

—Es una garantía de que no podíamos influir con nuestras voces inconscientes sobre las cintas —observó el profesor Hobber—. Es sabido que podemos grabar en una cinta virgen sin darnos cuenta de que estamos hablando, especialmente en estas grabadoras de alta sensibilidad que captan lo

que al oído humano se le escapa. Bueno, lo cierto es que el oído humano capta más de lo que se cree, pero lo desprecia y el consciente de nuestro cerebro no se entera de que lo ha escuchado.

En cambio, el magnetófono es distinto, es una máquina y no desprecia nada, capta y luego reproduce. Creo que era acertado permanecer lejos de los magnetófonos, yo mismo he sido testigo de casos donde se oían risas, llantos y también gritos. En apariencia, nadie de los que estábamos reunidos lloraba, gritaba o reía; sin embargo, una mujer de las presentes era la que emitía esos ruidos sin darse cuenta por orden de su subconsciente y sin mover la boca. Me di cuenta de que era ella por la hinchazón de su garganta. Después, llegó a tener un desdoblamiento de personalidad. En este caso no puede haber error.

—Para mí hubiera sido más válido —insistió el profesor Hannibal—, si hubiéramos vigilado el lugar de los magnetófonos aunque fuera a distancia. ¿Quién nos dice que mientras nosotros estábamos cenando no se acercó alguien a las grabadoras y comenzó a hablar con voz lúgubre haciéndose pasar por un muerto?

—No hay nadie más en este lugar solitario, perdido entre las montañas, profesor Hannibal —le replicó Claudia casi con desdén.

—Lo que usted nos pide es que creamos en su palabra y en parapsicología no creemos en aseveraciones sino en hechos.

—El profesor Hannibal tiene razón —apoyó el profesor Hobber—. Son los hechos y sus comprobaciones lo que importa.

—¿Y usted qué opina, profesor Bryan? —preguntó Claudia directamente a Sean que se sintió sorprendido.

—Pues... —vaciló y dio vueltas a la leche con la cucharilla, como si meditara su respuesta. Al fin, dijo—: El profesor Hannibal tiene razón al decir que debíamos vigilar a distancia para evitar que cualquier intruso pudiera gastarnos una broma. Habría sido una forma de asegurarse, claro que si tenían que acudir los muertos, se hubieran asustado al vernos cerca y no tendríamos grabación.

Todos sonrieron. Claudia se acercó más a Sean opinando:

—Ha zanjado muy bien la cuestión, profesor Bryan.

—Sean es muy listo, siempre sabe salirse con la suya —rezongó Lysbeth.

—Es usted un hombre muy interesante, profesor Bryan. Más tarde me gustaría charlar con usted.

—Cuando quiera.

Lysbeth, molesta por la atención casi provocativa que Claudia ofrecía a Sean, inquirió:

—¿Y más tarde, cuándo será, por la noche?

—Quizá. Si Burton no regresa para poner el microbús en marcha, podremos realizar otra sesión de psicofonías y será tiempo de charlar y de cambiar impresiones.

—Nosotros no nos quedaremos hasta la noche. ¿Verdad, Sean?

—Espero que no, pero si el microbús no funciona y el cielo sigue

amenazando tormenta... —dudó Sean.

Claudia remachó, advirtiendo:

—Esta noche pasada hemos tenido una temperatura muy baja. Si debido a la falta de sol sigue bajando, está noche habrá nieve o, cuando menos, aguanieve. Es un tiempo muy malo para arriesgarse a marchar de aquí a pie. Nadie podría salir en ayuda del que se perdiera en la tormenta. Ah, hay lobos por estos parajes.

—¿Lobos? —repitió Lysbeth, sorprendida—. No habían dicho nada.

—No se trata de asustar a nadie. La verdad es que aquí arriba no pueden ni subir los coches, hay demasiados baches en el camino. El microbús sube, con dificultades pero sube, gracias a que tiene una altura considerable desde sus bajos hasta el suelo. Un turismo normal correría el riesgo de que se partiera alguna de sus piezas fundamentales, posiblemente no llegaría hasta aquí. Lo mejor es un jeep, aunque el microbús fue escogido por la considerable altura que separa su panza del Suelo como ya he dicho antes.

—Todo esto parece una trampa. Nos han traído aquí y ahora no podemos marcharnos.

—No es ninguna trampa, señora Bryan, es simple casualidad. Les aseguro que el profesor Tamiroff está vivamente impresionado por todo lo que sucede. El deseaba que ésta fuera una reunión agradable para todos.

—¿No sabía el profesor Tamiroff que sus amigos los muertos son unos asesinos? —preguntó Lysbeth, punzante.

—Jamás había ocurrido nada similar, es mejor olvidarlo.

Tras aquellas palabras, Claudia se alejó.

—Parece muy interesada en ti, Sean.

—Bah, no debes tener celos, a mí me gustas tú.

—Pues, vámonos ahora mismo.

—Ya has oído lo que ha dicho, es imposible. Estamos muy lejos de todo sitio civilizado y el microbús está averiado.

—Tú lo dijiste, averiado expresamente si le quitaron la batería.

—Es verdad. Da la impresión de que la han escondido adrede.

—¿Y no habría forma de ponerlo en marcha?

—Sólo en una pendiente, pero si el suelo es malo resulta imposible. No obstante, ¿qué te parece si damos un paseo?

—¿Por fuera de la casa?

—Sí, veremos qué hay en los alrededores en pleno día. Hay que aprovechar ahora que no llueve.

La profesora sueca prefirió no salir de la casa. Por su parte, los profesores Hannibal, Hobber y Charles Verneuil optaron por dirigirse al cementerio y examinarlo con más atención.

Querían comprobar las posibilidades de llegada de voces por alguna causa. También pensaban revisar las tumbas, no podían creer que los muertos las abandonaran y hablar desde el interior de las sepulturas parecía algo totalmente a descartar.

Sin embargo, como parapsicólogos que eran, sabían que según de qué estuviera compuesto el subsuelo, podían transmitirse voces y ruidos a grandes distancias, especialmente si había enterradas tuberías o existían vetas de minerales metálicos. Una voz, a través del subsuelo, podía llegar a una distancia superior a un kilómetro.

Dispuestos a investigar y a realizar todas las pruebas posibles, trataron de olvidarse de la desaparición del profesor Shotton, cuya muerte podía involucrarles en una serie de problemas policiales que ninguno de ellos deseaba.

Sean y Lysbeth salieron del caserón y se acercaron al microbús. Sean volvió a asegurarse de que el vehículo carecía de batería.

—Parece que no se han llevado ninguna otra fundamental.

—A lo peor no tiene ni gasolina.

—Eso creo que sí la tiene. Si han subido hasta aquí en el microbús, habrán pensado en el regreso. La ausencia de la batería puede deberse a dos razones: O se ha agotado y querían recargarla, o simplemente la han sacado del vehículo para que nadie se marche de aquí hasta que piensen que sí debemos marcharnos todos.

—¿Para qué retenernos?

—No lo sé, quizá hay una razón y no tardaremos mucho en averiguarla.

Sean miró en derredor y observó el exceso de barro, un barro que si helaba en la siguiente madrugada, se endurecería. El lugar no era el más idóneo para tratar de empujar el microbús.

—No habrá manera de escapar de aquí, ¿verdad? —preguntó Lysbeth.

—No lo veamos todo perdido, hay que ver por dónde llegamos primero.

—Allí está el camino —Lysbeth señaló hacia unos árboles.

—Vamos.

Avanzaron por la explanada en la que abundaba la hierba esponjosa y grandes manchas de barro que evitaban, pues podían hundirse en ellas por encima de los tobillos. En aquel lugar había llovido mucho, quizá hacía más de diez días que llovía a diario.

—Sí, éste es el camino.

—¿Y qué te parece?

—En este tramo, demasiado piano.

—¿Qué quieres decir?

—Que sin batería, aquí no se puede poner un vehículo en marcha. Sigamos más adelante.

Lysbeth miró con cierto temor cómo se alejaban del caserón que si bien era sombrío y tétrico, un caserón viejo con escasísimas comodidades, no dejaba de brindar una protección y aún podían estar contentos de que tuviera luz eléctrica.

Avanzaron como media milla y el camino comenzó a descender. Sean se detuvo.

—Esto está mejor, pero es muy accidentado.

—¿Qué quieres decir?

—No, nada. Es sólo una idea, porque el riesgo es muy grande. Si se coge con la rueda una de esas piedras sin dominar bien el microbús, se puede volcar por el lado de la pendiente de la montaña y caer dando vuelcos hasta el fondo de donde nadie nos sacaría, porque aquí no pasa nadie.

—En concreto, no hay forma de salir como no sea andando.

—Por ahora, eso parece. Ya me gustaría encontrarme a ese Burton. Quizá él conozca algún atajo por el que poder descender montaña abajo más rápidamente.

—¿Habría alguna forma de encontrar ese atajo?

—Sin conocer el lugar ni tener ningún mapa, es muy difícil, podríamos perdernos. —Miró al cielo encapotado en gris—. Si se pone a nevar, sería un suicidio. El caserón es el lugar más seguro que tenemos por el momento.

—Pues, volvamos a ese maldito caserón.

CAPITULO VII

La profesora Ingrid había escuchado una y otra vez la grabación obtenida en el pequeño cementerio. La sueca era una especialista en psicofonías y su magnetófono, aun siendo manejable, era de gran calidad, por ello había podido escuchar la cinta repetidamente, haciendo variaciones sobre la misma.

Ese era el motivo por el cual había preferido quedarse en el caserón en vez de acompañar a sus colegas al cementerio para visitarlo.

A la cuarentona y rubia Ingrid tampoco le gustaba el barrizal que rodeaba al caserón y el cementerio mismo debía estar muy poco agradable, pues allí el barro era más extenso. Hacían falta botas de goma de caña alta para evitar hundirse con la sensación desagradable del barro metiéndose por el borde alto de los zapatos, un barro frío que posiblemente al paso de las horas se helaría, pues el termómetro descendía perceptiblemente.

Se había quedado muy pensativa delante de la grabadora, aguardando hasta escuchar el «tac» del paro automático.

El gesto de preocupación en su rostro la envejecía. Quizá su aparente juventud radicaba más en la abundancia de su cabello rubio platinado que en otra cosa. Pasar con aquel cabello cerca de los hombres era como obligarles a mirarla, parecía un reclamo.

No se decoloraba el cabello, su color albino era natural, lo mismo que su piel, que de tan blanca pasaba a rosada, como si transparentase el entramado de venas que había debajo.

—No es posible —se dijo.

Dejó el magnetófono sobre la cama. Como experta en psicofonías que era, había descubierto supercherías que dentro del mundo de la parapsicología abundaban en gran manera, especialmente llevadas a cabo por indeseables que buscaban popularidad al precio que fuera.

Por ello, bajo su apariencia tranquila, la profesora Ingrid era muy metódica en sus trabajos de investigación. Ella no partía de la base de que algo era cierto y tenía que buscar pruebas que demostrasen que había algún fallo, actuaba a la inversa: Partía del principio de que el fenómeno parapsicológico era falso y trataba de demostrar que era así hasta quedarse sin argumentos. Sólo de esta forma podía llegar a la conclusión de que el fenómeno no era una superchería.

Se enfrentó con el espejo como tratando de ordenar sus pensamientos, mas el gesto de preocupación no la abandonó. Se cepilló el cabello y tras colocarse un grueso jersey que no conseguía disimular sus abultados pechos, abandonó la estancia.

Salió al corredor. El caserón le pareció muy vacío y muy frío, daba la impresión de que hacía tanta humedad y frío dentro como en el exterior.

En el piso estaban todos los dormitorios que correspondían a los invitados. Abajo, en la planta noble, además del comedor, el hall y el gabinete donde les

reuniera el profesor Tamiroff, había otras habitaciones.

Ingrid, sin pensárselo dos veces, pues no era mujer que se dejase ganar por el miedo, ya que como parapsicóloga había visitado varias casas supuestamente encantadas, embrujadas y malditas al decir de los lugareños donde éstas se ubicaban, descendió por la amplia pero ya deteriorada escalinata.

Se preguntó si el profesor Tamiroff habría pagado mucho por aquel caserón que nadie debía querer y que algún día ya muy lejano, sin duda hacía siglos, alguien había levantado en aquel paraje tan solitario. Quizá sólo lo tuviera alquilado por un tiempo o, ni eso, lo había descubierto abandonado y tomado posesión de él sin más.

Si algún día se presentaba la policía y le obligaba a marcharse, ¿qué iba a perder? Posiblemente poco o nada, se limitaría a abandonarlo y eso sería todo.

Llegó al vestíbulo y buscó otro corredor.

No era difícil orientarse. Si había más habitaciones, éstas debían hallarse bajo la vertical de los dormitorios del piso.

Deseaba encontrarse con Claudia y exigirle explicaciones. Pasó frente a dos puertas y se detuvo frente a una tercera.

Cualquiera hubiera podido pensar que se trataba de una corazonada femenina o quizá que tenía una glándula pineal que actuaba como un tercer ojo, pero la razón de que se detuviera frente a aquella puerta de madera oscura era mucho más simple y no tenía nada de paranormal. Su olfato había captado el perfume suave, pero permanente que utilizaba Claudia. Para una mujer sensible como Ingrid, no podía pasar desapercibido aquel olor.

Levantó la mano para llamar, pero se contuvo. Lo lógico hubiera sido golpear con los nudillos advirtiendo de su presencia, mas su visita a Claudia, no iba a ser todo lo cordial que podía suponerse. Sin más, tomó la empuñadura de la puerta y abrió, entrando en el cuarto.

—¿Claudia?

Ingrid, al oírse llamar Claudia por una inesperada voz de hombre, quedó perpleja.

¿Dormía alguien con Claudia? Quizá fuera su cómplice en la farsa montada en aquel caserón, la farsa que Ingrid, la eficiente parapsicóloga sueca, creía haber descubierto.

Adelantó unos pasos y se encontró cara a cara con un hombre en pantalones y camiseta, con el rostro medio enjabonado, que se estaba afeitando con una navaja barbera. Ambos se quedaron mirando muy fijamente a los ojos.

—¡Profesora Ingrid!

—¡Profesor Shotton!

¿Cuál de los dos era el más sorprendido? Era una pregunta difícil de responder.

—¿Por qué ha cometido la estupidez de entrar sin llamar?

—Shotton, ha jugado usted bien el papel de muerto, debo felicitarle. Nos

convenció a todos, lo que no sabía es que fuera cómplice de ese farsante que es el profesor Tamiroff.

Había una gran carga de desprecio en la voz de la mujer.

—No lo entiende usted, profesora Ingrid —le dijo acercándosele con el medio rostro enjabonado y la navaja sucia en la diestra.

—¿Que no lo entiendo? Pues, está claro. Sabía que esto era una superchería, por eso he venido a buscar a Claudia. Lo que no podía sospechar es que usted colaborase en todo esto. ¿Qué pensaban conseguir, que todos escribiéramos en nuestras respectivas revistas acerca de la grandeza del profesor Tamiroff, que dijéramos que él es el más excepcional recogedor de psicofonías?

—No, profesora Ingrid, esperábamos conseguir algo muchísimo más importante.

—¿Ah, sí, el qué?

—Quizá pueda contárselo a usted. Ha demostrado ser una mujer excepcional.

—¿Por qué?

—No se ha asustado al verme y para usted, yo tenía que ser un muerto. Otra mujer en su lugar se habría puesto a chillar histéricamente, en cambio usted conserva toda su sangre fría.

—Estoy acostumbrada a enfrentarme con fenómenos absurdos, con fenómenos supuestamente macabros corno en esta ocasión, en que tenía que escuchar las voces grabadas de los muertos.

—Yo le puedo prometer que usted dialogará muy pronto con los muertos, profesora Ingrid.

Inesperadamente para la mujer, que no podía ni sospechar una acción tan criminal y diabólica, Shotton cruzó su diestra por delante de su pecho, colocando el filo de la navaja barbera en dirección al reverso de su mano.

Dio un golpe largo a la altura del cuello de la sueca, alcanzándola de lleno y produciéndole un horrible tajo en la garganta.

La navaja no quedó cogida, sino que pasó de lado a lado. Un chorro de sangre saltó incontenible, manchando la camiseta de Shotton e incluso su rostro, salpicando la espuma de jabón de rojo. Fue como el degüello de una res realizado por el rabino de una comunidad judía.

Ingrid quedó sorprendida ante su propia muerte.

Con los ojos tan abiertos que parecieron querer escapar de sus órbitas, se llevó las manos al cuello donde sólo había sentido como una fuerte quemazón. La sangre fluyó por entre sus dedos.

Ingrid trató de gritar, pero al abrir la boca, brotó sangre por ella y sólo articuló un gorgoteo desagradable y patético. Frente a ella, con el rostro medio enjabonado y manchado de sangre como un matarife, el profesor Shotton masculló:

—Lo siento, profesora Ingrid, había descubierto demasiado.

Ingrid, sin conseguir gritar, sangrando como una res degollada, se

tambaleó. Consiguió agarrarse a una cortina y se fue al suelo mientras sus ojos se vidriaban rápidamente.

Shotton no parecía tener el más mínimo remordimiento por el crimen que acababa de cometer.

La puerta del cuarto volvió a abrirse. Instintivamente, Shotton se puso a la defensiva con la navaja asesina en la diestra, dispuesto a asestar un nuevo golpe mortífero.

En la puerta apareció Claudia siempre altiva, siempre arrogante. Mas, al ver a Ingrid en el suelo, bañada en sangre y con los ojos abiertos, palideció intensamente.

—¿Qué ha pasado? —balbució.

—Cierra la puerta. Toda la culpa la tiene el no poner el cerrojillo.

—Pero, Shotton, ¿qué ha pasado?

—Cállate. Ella sabía demasiado, pero ahora ya no hablará.

Después de mirar el cadáver, totalmente bañado en sangre, Claudia miró a Shotton que también estaba muy sucio de sangre. Lo que allí acababa de ocurrir no tenía solución, lo que había que evitar por todos los medios es que alguien más lo descubriera.

CAPITULO VIII

Llegada la hora del almuerzo, Claudia tuvo que volver a disculparse por el desorden. Nadie se había preocupado de limpiar platos y cubiertos.

—Hay fiambres, enlatados y pan de molde, vino, leche y cerveza, habrá que poner un poco de imaginación y que cada cual coma a su gusto.

—¿Y Burton, el chófer? —preguntó el profesor francés Charles Verneuil.

—Entre ida y vuelta, no creo que logre llegar antes de media noche. Si no encuentra lo que hace falta para el microbús, no podremos salir de aquí, pero, tranquilícense, Burton es un hombre muy fiel y conoce estos lugares.

—Podíamos habernos marchado todos con él —dijo el profesor Hobber.

Por su parte, Hannibal observó:

—Ya tenemos las grabaciones, claro que nos hubiera gustado comentarlas con el profesor Tamiroff.

Claudia, que parecía tener respuesta para todo y se mostraba muy segura de sí misma, explicó:

—El profesor Tamiroff me ha rogado que le disculpen. Está muy afectado por lo que ocurrió anoche.

—¿Es cierto que Burton lo ha enterrado en algún lugar escondido para que nadie pueda encontrarlo? —interrogó el francés.

—No puedo responderles, no lo sé, pero es mejor que lo olviden. Para todos, el profesor Shotton desapareció por estos montes.

—Cuando la policía comience a buscarlo no le va a gustar esta explicación —gruñó el profesor Hannibal.

—La policía no buscará por aquí —replicó Claudia.

Sean intervino objetando:

—Si su coche está en el motel...

—El coche, cuando lo encuentre la policía, estará a más de doscientas millas del hotel, alguien se ocupará de ello.

—¿Burton? —inquirió el profesor Hobber que sostenía la cachimba apagada en la palma de su zurda.

—No hagan tantas preguntas, es mejor que no sepan nada de nada, así no tendrán que mentir a la policía si les llegara a preguntar algo.

—Para ser mujer, es extraordinariamente fría con la muerte —rezongó el profesor Hannibal.

—Soy una mujer práctica. Ninguno de nosotros tiene la culpa de la desaparición del profesor Shotton, de modo que es preferible que no nos preocupemos. No hemos de sentirnos culpables de nada, absolutamente de nada.

—¿Y la profesora Ingrid?

La pregunta partió de los labios jóvenes y bien dibujados de Lysbeth. Claudia esperaba aquella pregunta, sin embargo, tuvo un ligero temblor en sus manos y su rostro adquirió algo de palidez, aunque resultaba difícil notársela

porque era una mujer adicta al mundo de los cosméticos. Si a algo tenía terror, era a la vejez y contra ella estaba dispuesta a luchar, costase lo que costase.

—No sé, no la he visto, quizá se haya ido a visitar los alrededores. Son todos ustedes ya muy mayorcitos para que yo vaya detrás vigilándoles.

—Estos bosques son muy espesos, es peligroso perderse en ellos, se corre el riesgo de desorientarse —opinó el profesor Hobber.

—¿Y dice que hay lobos? —preguntó Charles Verneuil.

Claudia explicó:

—Sí, lobos. También se ha cazado algún oso, no crean, y han sido ejemplares grandes. Son osos que no se dejan ver, pero que están ahí, viviendo su vida.

—Lysbeth, ¿puedes prepararme algo de comer?

A la pregunta de Sean, Lysbeth miró a Claudia con cierto orgullo, como dándole a entender que era ella a quien prefería el joven.

—Sí, descuida, te prepararé unos sándwiches.

Sean se dirigió a la escalera, separándose de los demás.

Ya en el piso, miró las puertas de las habitaciones y para asegurarse, se encaminó a la que correspondía al aseo. La abrió, cediendo sin dificultades. Tras asegurarse de que no había nadie dentro, abrió otra de las puertas y descubrió el sombrero del profesor Charles Verneuil, también la grabadora de éste colocada sobre la mesita.

Con sigilo para no ser descubierto, abandonó la estancia. Volvió a abrir otra puerta y no tardó en ver el impermeable de la profesora Ingrid, pudo reconocerlo en seguida porque era amarillo.

—Qué raro —se dijo.

Si el impermeable estaba allí, quería decir que la profesora no había salido del caserón. No la creía tan tonta como para alejarse sin su impermeable en un día tan nublado, con el suelo mojado y amenazando lluvia .mientras las hojas de los árboles escurrían agua y empapaban a quien las tocase.

Observó la grabadora que estaba sobre la cama; no hacía falta ser ningún especialista para darse cuenta de que era un aparato a cassette de alta fidelidad.

Se acercó al armario, lo abrió y vio un vestido colgado y un maletín fin de semana, nada más. No quiso hurgar dentro del maletín. Observó en derredor y hasta tuvo curiosidad en mirar debajo de la cama hasta que se hubo asegurado de que la profesora sueca no estaba allí.

Al fin, tomó la grabadora y abandonó la habitación, dirigiéndose a la suya propia. Observó que Lysbeth se había cuidado de hacer la cama. Ya no se notaban las huellas de sus dos cuerpos que habían pasado la noche allí, juntos.

Por un instante recordó a Lysbeth en la discoteca, donde se las había querido dar de ultramodernista con libertad total y en realidad era una buena chica que aspiraba a aparejarse con un solo hombre y a tratar de ser feliz junto a él.

Sí, Lysbeth sería una compañera leal. Asomó a sus labios una sonrisa de satisfacción, le gustaba Lysbeth, sí, le gustaba mucho, aunque se preguntaba a sí mismo si sería capaz de negarse a los juegos del amor si se encontraba a solas con Claudia y ésta lo provocaba alardeando de la experiencia de que había hablado.

Guardó el magnetófono de la profesora Ingrid en uno de los cajones del mueble cómoda que había en la alcoba. No sabía con exactitud por qué había cogido aquella grabadora, pero tenía la sospecha de que algo desagradable había ocurrido con la profesora.

La noche anterior había muerto y desaparecido el profesor Shotton, aunque allí no parecía dársele importancia al hecho.

Se reunió con los demás. Lysbeth ya le había preparado un plato con cuatro sándwiches distintos.

—¿Quieres cerveza o leche fría?

—¿Tú qué crees?

—La leche no te iría mal —opinó sonriente—, pero si quieres refrescarte...

Claudia se les acercó. La pareja no solía formar grupo con los otros tres profesores que les hacían un poco de menos al darse cuenta de que no estaban tan al corriente de los fenómenos parapsicológicos como ellos.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

Lysbeth observó que Claudia ya tuteaba a Sean y tuvo la impresión de que ambos debían haber mantenido un «téte-á-téte» sin que ella se hubiera percatado.

—No, no lo he encontrado.

—¿Buscabas a la profesora Ingrid?

—Pues sí.

—¿Has llamado a su habitación? —inquirió ahora Lysbeth, no deseando quedar al margen del diálogo.

—Sí, he llamado a su habitación y no me ha respondido.

—Puede haberse dormido —opinó Claudia—. Esta noche pasada ha sido muy penosa para todos.

—No, no estaba dormida.

Lysbeth preguntó, intrigada:

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he entrado en su cuarto.

Claudia, maliciosa, rezongó:

—Sean parece muy acostumbrado a entrar en ¡as alcobas donde hay mujeres.

Lysbeth le lanzó una mirada relampagueante. De tener poder ofensivo en sus ojos, la habría fulminado sin vacilar. Lysbeth comenzaba a considerar a Sean como cosa propia, un hombre al que no deseaba compartir con ninguna otra mujer.

Decididamente, iba a ser monógama pese a las teorías avanzadísimas que había sustentado en la discoteca frente a sus frívolas amistades.

—Puede que la profesora Ingrid haya salido a dar un paseo o a realizar una psicofonía por su cuenta. Por si no lo sabéis, algunos parapsicólogos prefieren la soledad de los bosques para dejar el magnetófono abierto grabando. Se alejan y al cabo de media hora o cuarenta y cinco minutos, según la duración de la cinta que han colocado, vuelven.

—Si no regresa pronto, tendremos que salir a buscarla dando una batida —propuso el profesor Hobber.

Sean le preguntó:

—¿Conoce usted estos bosques?

—No, pero fui jefe de boy-scouts y en el ejército estuve en la sección de topografía.

—Pues si hace falta dar una batida, ya tenemos a un experto que nos ayudará —observó Claudia sonriendo.

Sean fue tajante al puntualizar:

—La profesora Ingrid no ha salido del caserón.

—¿Por qué estás tan seguro? —¡e preguntó Claudia, tuteándole ya abiertamente.

—Porque en su dormitorio está su impermeable amarillo. De haberse internado en el bosque, se lo habría puesto, por lo que opino que habrá que buscarla dentro del caserón.

Todos se lo quedaron mirando, perplejos. Fue el profesor Hannibal quien preguntó:

—¿Y qué razón puede tener la profesora Ingrid para jugar al escondite dentro de este viejo caserón?

—No lo sé, pero todos ya parecen olvidar que ha desaparecido un cadáver.

Comenzó a flotar una sensación de desasosiego en el ambiente. El recuerdo de la desaparición del profesor Shotton no gustó a nadie. Evidentemente, todos preferían olvidar, nadie deseaba verse implicado en una muerte aparentemente inexplicable, a menos que se creyera en el regreso de los muertos.

—¿Se han dado cuenta también de que no hemos visto al profesor Tamiroff desde ayer? —preguntó Sean.

—Es verdad —admitió Charles Verneuil—. Y yo que tenía deseos de comentar con él las grabaciones psicofónicas que obtuvimos... Son magníficas, dejando a un lado, claro está, el hecho trágico de la muerte de nuestro colega Shotton.

—Ya les he dicho que el profesor Tamiroff no se encuentra bien —insistió Claudia—. Es hombre muy mayor y está delicado de salud.

—A mí me pareció que sí tenía una edad avanzada, pero no que estuviera mal —objetó el profesor Hobber.

Por su parte, Hannibal añadió:

—Creo que se esconde porque tiene miedo de que pongamos en duda sus grabaciones psicofónicas.

—A mí me han parecido buenas —dijo Charles Verneuil, deseoso de

quedar bien con Claudia.

—Para mí, lo que ha descubierto el profesor Tamiroff es la guarida de un loco solitario. Ya saben que hay tipos ascetas y también neuróticos que se esconden en las montañas y viven solos comiendo raíces y si se les presenta la oportunidad, cometen rarezas o idioteces como ésta de grabar su voz haciéndose pasar por un muerto. Lástima que todo esté hecho un barrizal porque podríamos seguirle la pista. Tengo un perro que, de habérmelo traído, seguro que daba con él.

—Creo que es mejor comer bien, hacer la digestión y a la hora del té podemos cambiar impresiones. Habrá habido tiempo para que muchos problemas se solucionen por sí solos —propuso el flemático Hobber.

—Me parece una proposición sensata, aunque Burton, como más temprano, regresará a media noche o por la mañana. Ya les he dicho que el camino es largo y difícil y si le sorprende otra tormenta, tendrá que buscar algún lugar para guarecerse.

—¿Y hay por aquí lugares para guarecerse? —preguntó el profesor Hannibal.

—Cuevas naturales, chozas de cazadores que en la temporada de caza vienen por aquí; hay venados y zorros también.

Sin llegar a encontrar respuesta para las desapariciones habidas, optaron por irse separando, refugiándose en sus respectivas habitaciones.

—¿Te gusta Claudia?

—Si un pastel es bueno, no me niego a comerlo —respondió Sean a Lysbeth, ya a solas en su cuarto.

—Eres un cerdo...

—Vaya, ¿ahora me vienes con celos? Cuando íbamos ayer en el coche, todo te daba lo mismo, te parecía medio tonto y deseabas largarme cuanto antes. Ahora, en cambio...

—Ahora es diferente y tú tienes la culpa de que lo sea.

—Eh, eh, que yo no tengo toda la culpa. No irás a decir que sólo lo pasé bien yo...

—¿Encima eso? ¡Te odio, te odio! —Y comenzó a gemir.

—Vamos, Lysbeth, que no es para tanto. No soportas una broma.

La estrechó entre sus brazos y ella se dejó estrujar.

—Me da miedo esa mujer, Sean, me da miedo.

—¿Por qué? Es una mujer como tú, una mujer que le envidia.

—¿A mí?

—Sí. Una mujer madura siempre envidia a una joven como tú. A ella le gustaría tener la experiencia que posee acompañada de tu cuerpo joven, duro, terso...

—Para, para esas manos o terminaremos como ayer.

—Dicen que quien hace un cesto hace mil, para eso se casa uno, ¿no?

—Es que tú y yo no estamos casados.

—Lo de casarnos podemos ir pensándolo mientras hacemos el segundo

cesto —runruneó estrechándola más fuerte.

Ella ofrecía una ligera resistencia pese a sentirse a gusto entre los brazos masculinos.

—¡No! —protestó.

—Tenemos mucho tiempo hasta el té de las cinco. Como ha dicho Hobber, los problemas se resuelven solos. La profesora Ingrid tendrá tiempo de reaparecer y Burton encontrará lo que anda buscando para que el microbús funcione y nos saque de este maldito caserón.

—No tengas tanta prisa, Sean. Somos muy jóvenes, tendremos mucho tiempo para gozar.

—¿Qué te pasa, Lysbeth? ¿Es que para hacer un segundo cesto tengo que pasar antes por el juez de paz?

Ella se alzó de puntillas como pudo, ya que estaba estrechada entre los brazos del hombre, y le besó en los labios.

—No te exigiré nada, pero aquí no quiero.

—¿Por qué aquí no?

—Ya te lo diré.

—¿Cuándo?

—Cuando estemos lejos de este siniestro lugar, si es que no desaparecemos misteriosamente como los demás.

CAPITULO IX

Shotton entró sigilosamente en la alcoba del profesor Tamiroff.

Comenzaba a oscurecer. Era temprano, mas la noche llegaba con gran rapidez, envolviéndolo todo.

Lloviznaba ligeramente, aunque amenazaba lluvia en cantidad, casi tormentosa. Durante todo el día no se había abierto ni un claro en el cielo, todo estaba encapotado y el sol había permanecido ausente.

Tamiroff, tendido en su cama y vestido con su smoking ajado y apagado de aspecto, con la camisa blanco amarillenta, tenía en sí mismo algo de cadáver.

La vejez se reflejaba en su rostro cuarteado por mil arrugas profundas y el cabello canoso, reseco y pobre de fuerza, ayudaba a ofrecer la imagen de un muerto.

De estar metido en un ataúd y rodeado por cuatro cirios, nadie habría dudado que era ya un cadáver; sin embargo, el profesor Tamiroff sólo estaba sumido en un profundísimo sueño del que era culpable Claudia que había cargado de narcótico un vaso de leche que le había dado a beber.

«La he endulzado con miel, profesor, le sentará mucho mejor», le había dicho Claudia para que no recelara si notaba un sabor ligeramente distinto. El profesor Tamiroff se bebió todo el narcótico, sumiéndose en un sueño que bordeaba el estado de coma.

Shotton, que estaba al corriente de todas las maniobras de Claudia, lo cogió de un brazo y lo incorporó en el lecho. Se lo cargó a la espalda y abandonó la habitación seguro de que Claudia controlaba a los demás huéspedes del caserón.

Evitando hacer cualquier ruido, Shotton se deslizó con su carga sobre los hombros, un cuerpo que no pesaba excesivamente debido a la delgadez del profesor Tamiroff.

Salió al exterior sin ser visto. Aún había luz, una luz que se desvanecía por instantes, cayendo sobre ellas las finas gotas de lluvia.

Se internó en el pequeño cementerio y así llegó hasta la glorieta que tenia la bóveda semiesférica de cuyo centro colgaba la cadena con el gancho.

Shotton miró el gancho; quedaba alto, pero podía llegar a él subiéndose sobre uno de los bloques de piedra como hiciera en la anterior ocasión.

De su bolsillo sacó un pedazo de cuerda gruesa, era una cuerda vieja que había encontrado en el caserón y a la que le había hecho un lazo. Pasó éste por encima de la cabeza del profesor y se lo ajustó al cuelo.

Después, cargándoselo, subió encima de la piedra cúbica y se colocó justo en vertical bajo la cadena que tenía el gancho en su extremo. Fue izando el cuerpo inconsciente, Su intención era pasar la cuerda (a la que había dejado una especie de ojal) por el gancho.

No era fácil; tenía que recurrir a todas sus fuerzas para subir al cuerpo del profesor que ahora se le antojaba endiabladamente pesado, como si

inconscientemente luchara, negándose a dejarse colgar.

Cuando ya tenía el lazo de la cuerda a punto de entrar en la punta del gancho, el cuerpo del profesor se dobló sobre la cabeza de Shotton que masculló;

—Maldito bastardo... Tente en pie, condenado.

Estuvo a punto de perder el equilibrio y caer de la piedra a la que se había subido.

Consiguió evitar la caída y empujó con su cabeza para colocar de nuevo la soga junto con el gancho.

—Ya está... —Y soltó el cuerpo.

El gancho había cogido la cuerda y el lazo se tensó.

El cáñamo se cerró alrededor del cuello del profesor Tamiroff que estaba siendo asesinado tras la previa narcotización para que no ocasionara problemas.

Lo que Shotton no esperaba es que al cerrarse la soga y apretar la garganta de su víctima, éste recuperara la conciencia de inmediato, como si el efecto del narcótico hubiera terminado de súbito.

Tamiroff abrió sus ojos que se inyectaron en sangre. Trató de gritar y no lo consiguió, la soga le estrangulaba, pero pudo estirar sus manos^ huesudas y atrapar el cuello de su asesino que se vio terroríficamente sorprendido.

—¡Aaaaaggg!

Quien gritaba era Shotton que sentía que aquellas manos huesudas, esqueléticas, manos que ya podían considerarse de cadáver, le estaban estrangulando a él mientras el cuerpo del profesor Tamiroff bailaba en el aire, pateando en el vacío.

Shotton no conseguía desprenderse de él, aquellos dedos eran como garfios hundidos en su cuello.

El profesor Tamiroff no deseaba irse solo a! infierno y luchaba por llevarse con él a Shotton que en vano intentaba escapar de las manos que le asfixiaban.

Su rostro comenzó a amoratarse, sus ojos lo vieron todo rojo...

El profesor Tamiroff estaba resistiéndose diabólicamente al ahorcamiento y cuando Shotton ya creía que todo terminaba para él, la presión de las manos del profesor Tamiroff cedió. Shotton cayó al suelo.

Se pasó la mano por el cuello. Sentía un intenso dolor que le impedía hablar, mascullar, casi respirar. Estaba seguro de tener las marcas de los dedos de su víctima.

Buscando aire para llenar sus pulmones, miró hacia arriba y pudo ver al profesor Tamiroff que oscilaba ahora levemente, ya sin impulso propio. Tenía los ojos abiertos y vidriosos, unos ojos que le miraban fijamente mientras sus manos permanecían crispadas hacia delante, como si aún tuviera entre ellas el cuello de su asesino.

Shotton, exhausto, costándole reaccionar, se volcó sobre la piedra que utilizara para subirse y la quitó de aquel lugar, dejando el cuerpo del ahorcado más suspendido en el aire.

Abriendo y cerrando la boca a causa del intenso dolor que sentía en su garganta, abandonó el siniestro recinto. La noche era ya un hecho y pronto no se podría llegar hasta allí si no se llevaban luces con que desgarrar las tinieblas.

Gracias a la oscuridad reinante, Shotton no tuvo dificultades en llegar a la casa y por la misma puerta que utilizara para salir, entró. No regresó a las habitaciones, sino que se introdujo por una puerta disimulada que Conducía al sótano o bodega.

Se encontró con unas escaleras de madera descendentes. Abajo había luz, no eléctrica sino procedente de una lámpara de camping gas muy manejable, de las que se habían utilizado la noche anterior para llegar al cementerio y realizar las psicofonías.

Descendió aprisa.

Estaba muy nervioso y tenía la impresión de que las manos del profesor Tamiroff aún estaban alrededor de su cuello, estrangulándole. De no haber muerto, habría sido Shotton el ahogado, de ello no le cabía la menor duda. Jamás hubiera sospechado que aquel anciano pellejudo y huesudo pudiera almacenar tanta fuerza en sus dedos casi esqueléticos.

Claudia le esperaba en el sótano, frente a uno de los toneles.

En un rincón, un bulto alargado envuelto en una vieja alfombra, un bulto húmedo que teñía el suelo del sótano de rojo oscuro.

—¿Todo terminado?

Shotton asintió.

—Listo, pero te juro que no lo volvería a hacer otra vez.

—¿Por qué, miedo acaso? —inquirió sarcástica.

—Por lo visto no le habías dado suficiente narcótico al viejo para que se estuviera quieto y a punto ha estado de estrangularme.

—No me digas...

—Mira mi cuello.

Claudia hizo un largo siseo que pudo ser un silbido de admiración.

—Diablos, sí que apretaba el viejo.

—Menos mal que la soga le ha cerrado bien el cuello y ha ido perdiendo fuerzas. No me soltaba y he creído que me iba al infierno con él.

—Alégrate porque has salido con bien. Ahora viene el premio.

Señaló uno de los toneles puestos en horizontal, unos toneles tan viejos que se veían agrietados e inservibles. Poner vino allí dentro era perderlo seguro; de tantos años de no ser utilizados se habían secado y deteriorado.

—Mira, Shotton, mira...

Claudia estiró con sus dedos uno de los clavos que, en apariencia, debían sujetar los aros de hierro del tonel que impedían que las tablillas de madera se separasen entre sí.

Al quitar el clavo, que no ofreció ninguna resistencia, se abrió la tapa del tonel, incluido el grifo que había en ella, y apareció una caja de caudales empotrada en el hormigón con que fuera llenado el tonel.

—Vaya, no creo que el sistema sea nuevo pero es efectivo. Un tonel relleno de hormigón en vez de vino y la caja de caudales metida dentro.

—Y yo tengo la llave y este maletín. —Claudia señaló un maletín de tipo neceser que había cerca de sus pies.

—¿De verdad crees que podrás abrir esa caja o tendremos que ir a comprar dinamita para reventarla?

—Yo no soy violenta y hago el trabajo con cuidado, ya te lo dije cuando nos pusimos de acuerdo en llevarlo a cabo y todo está saliendo según lo planeé.

—Es cierto, todo menos la muerte de la profesora Ingrid.

—Ese ha sido un pequeño error tuyo por no colocar el cerrojo en la habitación mientras te afeitabas cuando se te supone muerto, pero ya está hecho y no cambiará nada.

Introdujo en la cerradura la llave que tenía, le dio una vuelta y se enfrentó con las dos ruedas, cada una de las cuales era de triple numeración.

—El profesor Tamiroff —siguió hablando Claudia— era un excelente psicólogo, por ello resultaba un magnífico curandero, tenía porte y mucha presencia. Antes de dedicarse a la nueva ciencia que ahora llamamos parapsicología, había pasado largos años dedicado al curanderismo y también hacía sesiones de espiritismo. ¿Sabías que en realidad era un necrófilo? Creía firmemente en sus contactos con los muertos, por ello se entusiasmó tanto con las psicofonías. Según él, al fin había hallado el medio de ponerse en contacto con el más allá.

—¿Y tú lo creías?

—¿Yo? —Se rió mientras hacía girar las ruedecillas de la caja de caudales —. Soy escéptica y nihilista, no creo en nada, claro que me guardé muy mucho de decírselo al profesor. El confiaba en mí, creía que le era totalmente fiel y que le veneraba. Pobre diablo...

—¿Tan psicólogo que era y no logró adivinar tus intenciones?

—Es más fácil adivinar las intenciones de un hombre que de una mujer, las mujeres somos más complicadas. En general mentimos con más aplomo, por eso resulta más difícil alterarnos mientras soltamos un embuste. A los hombros se os nota muchísimo más.

—Hablas como si pensaras que los hombres somos inferiores a las mujeres, especialmente a las mujeres como tú, Claudia.

—¿Y acaso no lo sois? —se rió.

Tras girar la rueda, dio dos vueltas más a la llave y tiró de la puertecilla, abriéndola.

—Mira, Shotton, mira, abre bien tus ojos.

Las pupilas de Shotton se agrandaron, por la codicia y también admiradas de tanta belleza.

Había anillos, collares, broches a cientos... Allí, el oro era el sostén de piedras preciosas de todos los colores y formas. Brillantes, esmeraldas, rubíes, corindones de distintas especies, perlas...

—Esto es una gran fortuna en joyas, Claudia, una gran fortuna —exclamó impresionado, metiendo sus dedos entre las alhajas.

—¿No te lo dije? —La mujer volvió a reírse con suficiencia—. El profesor Tamiroff, en sus largos años como curandero y convocador de sesiones de espiritismo, jamás cobraba dinero. Como él decía, admitía el óbolo de buena voluntad de quienes se acercaban á él pidiéndole curación, consejo o contacto con sus muertos. En realidad era como una urraca. Se fijaba en los anillos, en los broches, en los collares, en los gemelos de los hombres, en los alfileres de corbata, y luego los reclamaba como óbolo. Nada de lo que ves aquí puede considerarse robado, podemos vender cada pieza en el país que deseemos y en la joyería que más nos pague porque la policía no busca ninguna de estas piezas. ¿Te das cuenta? No tenemos que vender por debajo de su precio sino a su valor real. Todo es absolutamente bueno y ahora es nuestro. Nadie puede demostrar lo contrario porque ninguna de estas joyas está denunciada como robada.

—Eres maquiavélica, Claudia. Con todo esto viviremos como millonarios. Haremos parapsicología, pero escogiendo muy bien a quienes se acerquen a nosotros, especialmente esos ricos que se aburren y buscan los fenómenos extraños e inquietantes.

—Eso es, Shotton, el dinero atrae al dinero. Podrás pagar a un par de cretinos neuróticos que posean alguna acuitad paranormal y exhibirlos en las reuniones.

—Sí, pero ¿y los colegas de arriba?

—No te preocupes, yo me encargo de ellos. Burton volverá dentro de poco, en realidad no ha ido al pueblo sino que está en un lugar del bosque. Le encargué que se llevara la batería del microbús para que no se pudiera poner en marcha. Cuando le haga señales con luces, volverá y nos iremos todos. Tú te quedarás aquí hasta que venga por ti.

—No me hace ninguna gracia quedarme solo en este caserón.

—No seas idiota. Ahora, mientras yo meto todas las joyas en el maletín, tú levanta esa trampilla que hay en el suelo y arroja por el agujero el cadáver de esa estúpida sueca.

—¿Un agujero?

—Sí, es un pozo tan hondo que se puede decir que no tiene fondo.

Claudia comenzó a limpiar la caja de caudales, metiendo todas las joyas dentro de su neceser de cuero marrón oscuro, un neceser con una sólida cerradura.

Shotton había levantado la trampilla de madera y miró el agujero que quedaba al descubierto, un agujero siniestro y de una oscuridad total.

Cogió un hierro que le quedaba cerca y lo dejó caer. El ruido del hierro tocando fondo podría revelarle la profundidad, pero se quedó quieto esperando y no escuchó nada.

—Por todos los diablos, este agujero parece llegar hasta el mismísimo infierno.

—Ya te lo he dicho. Me inclino a suponer que era un agujero natural y que hicieron el caserón encima —le respondió la mujer.

Después de asegurarse de que la caja de caudales estaba vacía, cerró la puerta con llave y la tapó con la cubierta de tonel, ocultándola.

Shotton arrastró el cadáver de Ingrid envuelto en la alfombra y lo fue volcando hacia el interior del agujero hasta que consiguió lanzarlo hacia el fondo.

—Ya está, jamás la encontrarán.

—Y a ti tampoco, Shotton.

Claudia le asestó una traidora puñalada por detrás del cuello, debajo de la vértebra atlas de Shotton que estaba inclinado. El puñal era pequeño pero de estrecha y afiladísima hoja y se hundió con gran facilidad.

—¡Aggg!

Sorprendido, se abrió de brazos. Claudia sólo tuvo que darle un empujón y Shotton cayó de cabeza al pozo, siguiendo el mismo camino que la profesora sueca.

—Estúpido. No pensarías que iba a compartir contigo lo que tanto me ha costado conseguir y más después de haberme gozado violándome.

Había odio y también satisfacción en los ojos de la mujer que por unos momentos dejó en el suelo el neceser repleto de joyas para empujar la trampilla y así ocultar el siniestro agujero.

Su trabajo en la bodega había terminado.

Recogió el maletín que pesaba bastante y también la luz y abandonó el recinto.

Encontró a todos los invitados en el gabinete. Con el maletín en una mano y la lámpara en la otra, pese a que no hacía falta en aquellos momentos porque ya había luz en la estancia, preguntó:

—¿Ha aparecido ya la profesora Ingrid?

Todos negaron con la cabeza.

Lysbeth propuso:

—Habrá que salir a buscarla, pobre mujer. Se habrá perdido en el bosque.

—Sí, habrá que salir a buscarla. Para haberse marchado a hacer psicofonías en solitario, han pasado demasiadas horas, a lo peor se ha perdido. —Claudia miró la hora y añadió—; El profesor Tamiroff nos había convocado para dentro de unos minutos en su lugar preferido del cementerio para conseguir las psicofonías, es mejor que no le hagamos esperar. Cojan sus grabadoras y vayamos.

Hubo un ligero desconcierto entre los presentes, pero Claudia poseía una gran sangre fría y poder de persuasión y nadie le puso objeciones. Sabían que Burton tardaría horas en regresar; por tanto, no había forma de marcharse de allí a menos que se arriesgaran a caminar una decena de horas por parajes desconocidos, llenos de boscaje y con el peligro de caerles encima alguna nevada, lo que podría significar una congelación.

Sean fue en busca de los magnetófonos. Tomó para él el de Shotton y

entregó a Lysbeth el de la profesora Ingrid, diciéndole;

—Llévalo tú, pero no lo pongas en marcha, ocúltalo bajo tu impermeable.

—¿Por qué?

—Ya te lo diré en otro momento.

Volvieron a reunirse todos. Esta vez sólo llevaban una lámpara que Claudia sostenía en una mano y el pequeño maletín repleto de joyas, en la otra. Pesaba, pero la mujer no iba a abandonarlo aunque se hundiera en el barro hasta las rodillas. Aquél era el motivo de todo su maquiavélico plan.

Cargado cada cual con su grabadora, salieron del caserón para dirigirse al lugar favorito del profesor Tamiroff para obtener sus singulares psicofonías.

Nada más llegar...

—¡Dios mío! —exclamó Lysbeth.

—Es el profesor Tamiroff —gruñó Hannibal, acercándose.

Claudia alzó la lámpara para que se pudiera ver bien el macabro espectáculo de aquel cadáver colgado de la cadena, con los ojos abiertos y las manos crispadas, como si hubiera intentado agarrar algo que se le escapaba.

—Un nuevo asesinato —musitó el profesor Charles Verneuil.

La propia Claudia opinó:

—Esto es horroroso. ¿Quién iba a imaginárselo?

—¿Cómo ha podido ocurrir? —se preguntó Sean.

Todos miraron a Claudia, como si ella tuviera la solución.

La mujer se encogió de hombros antes de contestar.

—Ustedes son parapsicólogos, saben de los fenómenos extraños que ocurren y que la ciencia se niega a admitir. El profesor Tamiroff era amigo de los muertos, él mismo lo proclamaba, pero quizá esos muertos eran malvados y se lo han llevado consigo para que siga su propia suerte.

—Yo, por muy parapsicólogo que sea, no puedo creer semejante barbaridad —objetó Hannibal muy excitado.

—Pues ¿qué otra respuesta da a lo ocurrido? —le preguntó Claudia.

—¿Respuesta? ¡Tiene que haber un asesino!

—¿Un asesino, quién? Todos estábamos juntos. ¿Quién es capaz de subir al profesor Tamiroff hasta allí arriba y colgarlo, justo en el lugar donde él se comunicaba con los seres de ultratumba?

Todos quedaron perplejos; no había respuesta para aquella pregunta lanzada al aire por Claudia, una pregunta que era todo un desafío.

El profesor Hobber, siempre tranquilo y muy preocupado, observó:

—Primero Shotton, luego la desaparición de la profesora Ingrid y ahora, el profesor Tamiroff...

—Todos ustedes son testigos de lo ocurrido —puntualizó Claudia sin alterarse—. No hay más explicación para estas muertes y desapariciones que los fenómenos de ultratumba, todavía incomprensibles para nosotros. Pueden escoger entre contárselo a la policía o que cada cual se vaya a su casa y se olvide de lo ocurrido aquí.

El profesor Hobber, con la sensatez que le caracterizaba, opinó:

—La policía no creería nada de esto y nos íbamos a meter en muchos líos. Quizá pagara algún inocente, porque la justicia siempre quiere un culpable, pero los demás no dejarían de ser sospechosos. Mi opinión es que es mejor marcharnos y olvidarnos de todo a condición de que nadie diga nada.

—Y los demás, ¿qué opinan? —inquirió Claudia con su habitual sangre fría.

Hubo un silencio muy significativo.

—¿Lo bajamos? —propuso Sean.

—Yo no lo tocaría —se opuso Claudia—. Si los muertos lo han colocado ahí, es mejor dejarlo donde está. Vámonos.

Salió de la glorieta y echó a andar en dirección a la casa, con la luz en una mano y el maletín en la otra.

De pronto, sin que nadie pudiera observarlo, junto a lo que constituía el estrecho sendero se removió la tierra y una mano negruzca, que más semejaba una garra, atenazó el tobillo de la mujer y estiró de él.

—¡Aaaah!

Claudia se tambaleó y cayó en el barro, fuera del camino.

De inmediato surgieron más manos de entre el barrizal. Eran manos negruzcas, necróticas, algunas de ellas esqueléticas, que agarraban a Claudia por todas partes.

—¡Sean, Sean, se la llevan los muertos!

Sean, evitando que una de aquellas horribles manos le atrapara a él, trató de asir a Claudia por una mano. Sólo consiguió coger el pesado maletín del cual tiró con fuerza, pero la mano de Claudia se soltó.

—¡Socorro, auxilio! —gritaba con verdadero pavor mientras su cuerpo salpicaba en el barro y las manos que surgían del interior de la tierra del cementerio la cogían por piernas y brazos, por el cuerpo, los cabellos y la mismísima garganta.

Hobber, Hannibal y Charles Verneuil, atenazados por el terror, no se atrevieron a salir de la glorieta ante aquel espectáculo tan dantesco como breve. El barro engulló la luz de butano, apagándola.

Una de las manos consiguió coger por la muñeca a Sean, como tratando de llevárselo a él también.

Sean dio un fortísimo tirón. La mano no se desprendió de su muñeca atenazada, pero sí de la tierra y quedó con aquella mano amputada cogida de él, como el más macabro brazalete que jamás hubiera llevado ser alguno.

—¡Cuidado, Sean, cuidado! —gritó Lysbeth con todas sus fuerzas.

Escapó a otra mano que pretendía cogerle por el tobillo y hacerle caer mientras entre gritos y gorgoteos, pues ya tragaba barro, Claudia se hundía en la tierra del cementerio, aunque decir «se hundía», era un eufemismo. Los muertos se la llevaban consigo pese a que se debatía desesperadamente.

Pronto dejaron de verla. Sean había hecho lo imposible por salvarla, sin conseguirlo.

El profesor Hannibal encendió su mechero de gas y al ver la mano

atenazada alrededor del brazo de Sean, se horrorizó. Dedo a dedo, Sean la desprendió de sí y la arrojó al barro. Después, roncamente, preguntó:

—¿Quién no creía en los muertos amigos del profesor Tamiroff?

Vieron correr una antorcha encendida alrededor del caserón mientras nadie se atrevía a salir de la glorieta donde pendía el cadáver del profesor Tamiroff. No querían arriesgarse a ser atrapados por las manos de los muertos que yacían en el cementerio abandonado.

—Es Burton, el chófer —exclamó el profesor Hannibal.

Burton entró en el caserón y pronto comenzaron a ver llamas por todas las ventanas. Era como si ya se hubiera percatado de la muerte del hombre al que veneraba y quisiera destruirlo todo.

En pocos minutos, sin que nadie pudiera evitarlo, el caserón ardía por sus cuatro costados.

Burton se quedó dentro. Asomó por una ventana del piso alto y comenzó a gritar, apenas se le entendía entre el crepitar de las llamas.

—Se ha vuelto loco —musitó Hannibal, impresionado.

La luz del incendio era ya suficiente para verse. Sean propuso:

—Hay que salir de aquí y salvar el microbús.

—¿Quién se atreve a marcharse de este lugar? —preguntó el profesor francés.

—El que no lo haga, se va a quedar aquí.

Sean cogió de la mano a Lysbeth, que tenía en la otra el maletín, y la obligó a seguirle, saliendo del cementerio corriendo. Los demás, al verles, se animaron y les siguieron sin que nada sucediera.

Mientras el caserón ardía de tal modo que era impensable que allí se salvara nada, pero con la ventaja de que el bosque no ardería por estar empapado de tanta lluvia, llegaron junto al microbús.

—¡Vamos, a empujar todos, hay que sacarlo de aquí! —ordenó Sean.

Lysbeth dejó el maletín en el asiento del conductor y también empujó como los demás.

Pese al barro, entre todos lograron apartar el vehículo del caserón, empujándolo hacia el camino. Lo hicieron avanzar hasta llegar a la pendiente. Con la portezuela abierta, Sean puso el freno de mano y dijo:

—El que quiera quedarse aquí, que no suba.

Todos miraron hacia el caserón que se consumía en el fuego con Burton dentro mientras los ojos vidriosos del ahorcado profesor Tamiroff lo contemplaban todo desde la glorieta.

Nadie se quedó en el suelo.

Sean se puso a! volante y Lysbeth junto a él. Sean quitó el freno y el microbús comenzó a rodar. Apretó el embrague, puso la primera marcha, luego la segunda y después la tercera mientras el vehículo cogía velocidad. Soltó poco a poco el embrague, hubo resistencia, pero al fin se produjo un runruneo.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó mientras el vehículo botaba sobre las

piedras, rodando pendiente abajo.

Casi dos horas más tarde y con la seguridad de que el microbús estaba medio destrozado en su mecánica, llegaron a la carretera frente al motel.

Como sombras, Charles Verneuil, el profesor Hannibal y el profesor Hobber, fueron hacia sus respectivos automóviles para marcharse sin dejar rastro.

—¿Y nosotros qué hacemos? —preguntó Lysbeth.

—Circularemos con este trasto hasta el pueblo más cercano, lo abandonaremos y ya veremos qué hacemos. Creo que pasa un tren por allí.

—¿Y el magnetófono, qué pasa con el magnetófono?

—Ah, sí, el magnetófono de la profesora Ingrid. Tenía variación de velocidades, es un aparato para especialistas y, por lo visto, ella había descubierto que las voces de los muertos no eran más que la voz de la propia Claudia aunque ahora, yo mismo estoy confundido después de lo ocurrido.

—¿Y el maletín? —preguntó la muchacha mientras el microbús rodaba por la carretera, alejándose más y más.

—Ábrelo, a ver qué llevaba Claudia dentro.

Con el llavín que colgaba del asa, Lysbeth abrió y lanzó una exclamación.

—¡Sean, Sean, mira cuántas joyas!

—Diablos, menuda fortuna, y si todos han muerto, ahora nos la podemos quedar nosotros, digo yo. Con algo hemos de comenzar a levantar nuestro nido, ¿no?

—Sí, eso es lo que quería decirte, Sean, porque yo no tomo la píldora...

—Entonces, habrá que darse prisa en comprar ese nido.

Y pisó más a fondo el acelerador.

FIN